

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

de mente a mente

curtis garland





SS **SERVICIO SECRETO**



CURTIS GARLAND

DE MENTE A MENTE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.133

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal: B. 4.787-1972
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: abril, 1972

© CURTIS GARLAND -1972
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER -1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.126 - Después de mi asesinato.

En Colección PUNTO ROJO:

521 - Pasos en mi pesadilla.

«Del hombre, ese gran desconocido, quizá lo menos conocido de todo sea su mente. Y, sobre todo, lo que esa mente es capaz de alcanzar...»

CAPÍTULO PRIMERO

Mirna dejó de besarme.

Separó de mi boca sus labios carnosos, restallantes de sensualidad. Me miró, maliciosa, con sus claros ojos chispeando ironía.

El semáforo del puente había cambiado. Podíamos continuar hacia el túnel sin dificultades. Mirna arrancó, pisando con fuerza paulatina el acelerador. Le gustaba correr. Y ahora estaba corriendo de veras.

La miré.

Estaba rebosante de atractivos, con aquel minúsculo bikini, conduciendo el automóvil, sin importarle lucirlos alegremente.

Ella conocía bien sus medidas. No sé por qué diablos, utilizó siempre una talla dos o tres números inferior. Aunque bien mirado, sí sé por qué...

Miraba fijamente ante sí. A la carretera, a la ancha cinta de asfalto que se extendía ante nosotros. A aquellas horas, no abundaba el tráfico. Era demasiado pronto. Miré el reloj de esfera luminosa, en el *tablier* de su coche deportivo, rápido y esbelto.

Las seis en punto.

Las seis de la mañana. Una hora para regresar de la playa, de un baño a la luz azulada del amanecer. El agua estaba tibia, sí. Siempre lo está a esa hora. La arena estaba fría. Y el cuerpo de Mirna estaba cálido, turgente. Como siempre estuvo...

Contemplé de soslayo sus hombros desnudos, aún con gotitas de agua formando leves perlas cristalinas. La humedad matinal no la dejó secarse del todo. Hacía calor, pero también humedad. Su bañador de dos piezas, también estaba húmedo. Podía sentirlo. Húmedo como sus labios.

Mirna rió entre dientes. Con suavidad.

—Tiene gracia —dijo, de repente, enfilando el túnel.

—¿Qué tiene gracia? —Quise saber, indeciso.

—Todo. Esto. Tú, yo... El baño en la playa, al amanecer... Todo tiene gracia.

—¿Tú crees? —dudé.

—A veces, Mark, no tienes sentido del humor. Y me asombras.

Ya estábamos en el túnel. La luz interior era fría, azul. Azul como la mañana en la playa solitaria, donde las olas lamían la arena fría. Azul como los ojos de Mirna. Fría, como el hielo gris de mis ojos, clavados en el retrovisor. Fría, porque no era luz natural, sino de los tubos fluorescentes, que desfilaban, rápidos, sobre nosotros, reflejándose en la carrocería blanca del coche.

—Me gustaría tener sentido del humor para ciertas cosas —admití.

Ella se limitó a sonreír. Iba muy deprisa. Pero el puente era largo. Nos cruzamos con algunos coches, muy pocos. Se iban, seguramente, fuera. Al trabajo unos; de vacaciones los otros. Siempre ocurría así, en los primeros días del verano.

Sacó cigarrillos del *tablier*, con una sola mano. La otra, al volante. Muy poco es una mano cuando se rueda a más de cien millas. Pero así era Mirna. Me ofreció un cigarrillo.

—No, gracias. —Rechacé.

—Acostumbras a fumar bastante, Mark. ¿Qué te ocurre?

—Tiré uno hace poco. El tabaco me sabía a veneno.

—¿Has tomado veneno alguna vez? —rió ella, irónica, dándole una succión al cigarrillo, ya con ambas manos en el volante.

—No —entorné los ojos—. Son cosas que se dicen.

—Ya —siguió mirando ante sí, al fondo del interminable túnel hacia Manhattan. Expelió humo entre sus labios húmedos y por las fosas nasales, lentamente. Luego, de repente, me dijo aquello—: Mark, estuvimos solos en la playa.

—Sí —convine, con un leve estremecimiento—. Completamente solos.

—Pudo ser... una hermosa escena de amor entre tú y yo.

—Pudo serlo.

—Pero no lo fue.

—No, no lo fue —suspiré, inclinando la cabeza.

—¿Por qué, Mark?

Alcé los ojos. La contemplé. Recorrí su cuerpo. Yo también me

preguntaba a veces eso mismo: «¿Por qué?».

Era joven, era hermosa. Sus formas eran deseables. La había tenido en mis brazos así. Con aquel bañador que era como no llevar nada. Mojado del mar, adherido a su cuerpo, como una segunda piel.

Ella se había mojado en el mar tranquilo y tibio. Yo la había esperado, pensativo, en la arena. Luego, habíamos regresado.

Me tropecé con sus ojos. Dos centelleos azules de deseo, de entrega, de algo casi animal, pero tremendamente sugerente.

—No —dije sacudí la cabeza—. Ya no, Mirna.

Ella respiró hondo. El cigarrillo se quemaba entre sus dedos, haciéndose ceniza. No parecía recordarlo. Prestaba poca atención a la ruta, para ir a la velocidad que iba. Demasiado poca, incluso.

—Mark, tú y yo... íbamos a casarnos —murmuró, de repente.

—Sí —afirmé—. Así es.

—Dentro de poco tiempo.

—Muy poco.

—El viaje de novios iba a ser a...

—¿Por qué hablar ahora de todo eso? —corté, con acritud—. No conduce a nada. Y hace daño, Mirna.

—Daño... —repitió, sarcástica—. ¿A quién, Mark?

—A los dos.

—¿Tú crees?

—Supongo que sí.

—Sí, es posible que tengas razón —admitió, por fin—. A los dos. Olvidemos eso. Has de seguir tu camino. Estás obligado a ello, ¿no es cierto?

—Sí.

—No hay otra alternativa.

—No.

—No se puede... olvidar. Callar, imaginar que... —No, Mirna— sacudí la cabeza. —No se puede.

—Ya. Debí imaginarlo —suspiró—. Mark Finlay, el insobornable... De todos modos, como despedida, hubiera estado bien. No vamos a ser ya nunca marido y mujer. Pero hoy, en la playa... O ahora, en cualquier hotel.

—No, Mirna. No es un buen final. Es mejor así.

—Sí, Mark. —Apretó sus manos en el volante—. Después de

todo, tú eres un detective, un investigador. Y yo soy solamente una...

—Mirna —pedí, dolorido.

—Y yo soy solamente una mujer *que cometió un asesinato* —terminó ella, decidida—. Debo pagar por ello. Ésa ha sido tu acusación, ¿no?

—Por favor... Puedo estar equivocado. Tienen que juzgarte.

—Mark, no te equivocaste —musitó Mirna Lass—. Lo hice yo. Yo le maté.

—Mirna...

—Yo maté a aquel hombre —dijo, con una leve risita entre dientes, fija su mirada en el túnel, que describía una amplia curva, hacia su final. Ya se veía la luz matinal, al fondo—. Lo confieso, Mark. Soy una asesina. No hay esperanzas para mí.

—¿Por qué no dejas de...?

—No merece la pena. Admitamos las cosas tal como son; desnudas, Mark. No debió ser agradable para ti buscar un culpable... y encontrarlo en tu propia novia, en la mujer que iba a ser tu esposa. Yo... yo te amaba, sin embargo, Mark. Te amo aún. Por eso quise... un último encuentro, antes de decirnos adiós.

—Es mejor que haya terminado todo así. Es... más limpio, Mirna. No sabemos lo que opinará el jurado, el fiscal del Distrito, el juez... Mirna, acaso un día...

—No, Mark. —Sacudió negativamente su rubia cabeza—. No habrá ese día. No fue con la idea de ser juzgada, condenada, acaso ejecutada, con la que fui a verte, a pedirte un... un baño matinal en la playa desierta.

—¿Con qué idea, entonces? —indagué, sorprendido, inquieto.

—¡Con la de morir juntos, Mark! —gritó ella, de súbito, roncamente.

—¡Mirna, no! —chillé, adivinando demasiado tarde su intención.

Traté de tomar el freno, de quitar su pie del acelerador. Todo inútil.

El coche blanco, deportivo, brincó hacia el muro del túnel, lanzado a más de cien millas por hora. Otro coche que venía en dirección opuesta, hizo centellear sus faros y el claxon aulló angustiadamente.

No pude evitarlo.

Mirna estrelló el coche contra el muro. Pero yo ni siquiera me di cuenta de ello.

Antes de que eso sucediera, todo había terminado.

CAPÍTULO II

Se estaba terminando el verano.

Las hojas amarilleaban, flotando en su caída, sobre el verde algo desvaído ya de las glorietas y alamedas de Central Park. El agua del lago tenía un matiz gris tristón, con la caída de la tarde.

—Fue un cálido verano —comentó Gladys Brent, la enfermera, apartándose de la ventana con un suspiro. La cerró—. Ya refresca a estas horas, ¿no es cierto?

—Sí —admití—. Empezaba a sentir frío.

Me arrebujé en la bata, y dejé de leer el periódico, para contemplar a mi enfermera. No era fea, ni le hubieran faltado mayores atractivos en la figura, de no ser algo regordeta. Lo importante para mí es que era simpática.

—Estará deseando salir de aquí, ¿no es cierto? —sonrió Gladys, mirándome.

—Mentiría si le dijese que no —suspiré.

—Tres meses, son muchos meses.

—Sobre todo, para pasarlos encerrado en una clínica. —Sonreí—. Pero el doctor Kendall me ha dado buenas noticias. Es mi última semana de encierro.

—Lo imaginaba. —La enfermera me contempló con aire risueño—. Tiene muy buen aspecto, no ha vuelto a sentir dolores, y su estado clínico es perfecto. Resultó largo, pero valió la pena.

—Estoy deseando volver a la vida, a la actividad... —dije, contemplando los edificios, por encima del Central Park.

—Eso será más difícil —me advirtió Gladys Brent—. No creo que pueda reintegrarse inmediatamente a su trabajo. Deberá guardar un período de vida tranquila, de recuperación paulatina. Algún viaje, excursiones, distracción...

—Me temo que no pueda permitirme demasiados lujos, señorita Brent. —Reí—. No soy uno de esos clientes millonarios que el

doctor Kendall atiende en su clínica. Especialmente, después del tratamiento y estancia en esta clínica, y pese al trato de favor que, gracias a la señorita Farrow, del *News*, ha tenido conmigo el doctor Kendall, mi cuenta corriente debe sufrir una anemia perniciosa realmente alarmante. Debo trabajar lo antes posible.

—Pero su trabajo es muy duro —Gladys me examinó, perpleja—. Es... detective, ¿no es cierto?

—Detective privado, sí —admití, con un suspiro, frunciendo el ceño. Allá, en alguna parte de mi cerebro, algo me dio una punzada. Llevé mi mano al cabello, al occipital—. Problemas conyugales, estafas, robos, a veces... crímenes...

Otra vez la punzada. Me toqué, con fuerza, y debí poner gesto de dolor. Rápida, Gladys acudió a mí y me cortó, con su energía profesional de siempre:

—Ya basta, señor Finlay. No esfuerce aún su cerebro en recuerdos. Especialmente en... recuerdos dolorosos. Debe olvidar. Por eso le dije que necesita un período de adaptación. Si el doctor Kendall sospecha que piensa volver inmediatamente al trabajo, sería capaz de obligarle a permanecer en su clínica tres meses más.

—Cielos, no. —Me horroricé—. No le diga nada de esto, señorita Brent. Fue solo una leve punzada, nada serio. Le prometo ser bueno. Descansaré hasta agotar el último dólar.

—Eso está mejor. —Ella sonrió, camino de la salida de mi habitación—. Volveré enseguida para tomarle la temperatura y darle el medicamento. Luego, podrá prepararse para bajar a cenar.

Asentí, quedándome solo. Gladys Brent se perdió por el corredor, taconeando deprisa. Me incorporé de la butaca, encaminándome a la ventana. Alcé el visillo. Miré a Central Park.

Unos niños jugueteaban en uno de los prados. Una pareja se hacía el amor en un banco. Más allá, un haragán tiraba piedrecillas al estanque. Sobre ellos, los árboles eran amarillo y ocre. La tarde tenía ya matices otoñales, a pesar de ser todavía setiembre.

Deseaba ser otra vez uno de ellos. Verme fuera de allí. Lejos de los muros y los muebles blancos; lejos de batas, camillas, olor a antisépticos y todo lo demás.

No podía tardar mucho. Todo estaba hecho ya. Yo era otro hombre. O, tal vez para ser más exactos, era de nuevo el mismo hombre. No la piltrafa agonizante que entró en un hospital y pasó

luego a aquella clínica, sino... Mark Finlay. Simplemente eso: Mark Finlay, detective privado.

Mental y físicamente, cuando menos, volvía a ser yo.

Ahora, sólo quedaba salir de allí. Volver al mundo.

—¿Volver al mundo?

—Tal vez no sea la frase adecuada. Perdone, doctor Kendall, quise decir...

—Sé lo que quiso decir —Norman Kendall, doctor en Medicina y Cirugía, eminente neurocirujano, me miró, risueño, a pesar de que habitualmente su gesto era serio, poco jovial, y la mirada de sus ojos oscuros, tras las gafas de montura de oro, fría y penetrante. Ahora le vi sonreír, cuando sacudió la cabeza afirmativamente—. Sí, Finlay, es muy humano que se exprese así. Y que desee salir. Por fortuna para usted, ha llegado el momento.

—¿De veras?

—Exactamente. —El doctor Kendall cruzó una mirada con su ayudante, el doctor Richard Wilcox, director de la clínica de Neurocirugía Kendall—. El informe del doctor Wilcox es favorable, según he visto. El mío personal, también.

—No tiene usted nada, Finlay —sonrió Wilcox, alentador—. Vuelve a ser el que antes fue. Si acaso, deberá guardar un breve período de adaptación, de simple actividad cotidiana sin esfuerzos excesivos y, a ser posible, sin trabajo. Luego estará en condiciones de ser el mismo que era antes de... del accidente.

Asentí despacio. El *accidente*... Curioso modo de llamar aquello. Supongo que pretendían evitarme más desagradables recuerdos, aunque ambos cirujanos sabían que eso era imposible en su totalidad, y que debía enfrentarme, más pronto o más tarde, con la realidad inexcusable de mi propio pasado, del suceso terrible que me condujo a aquella situación.

—Gracias —dije, evasivo—. ¿Cuándo puedo marcharme?

—Desde este momento, cuando usted quiera —Kendall firmó con su rápido trazo un papel. La luz de la lámpara, sobre su canoso cabello liso, bien peinado, pareció arrancar destellos de plata de sus canas. Luego, puso el escrito a un lado, y pulsó un timbre—. Ésta es su baja de mi establecimiento sanitario, Finlay. Ya es dueño de su propio destino.

Me pareció imposible. Incliné el cuerpo sobre la mesa,

mirándole incrédulo.

—¿Quiere decir... que puedo irme ahora mismo? —musité.

—Sí —sonrió. Sus ojos inteligentes brillaron a través de los gruesos vidrios de sus gafas—. Ahora mismo, Finlay, si así lo desea. Yo mismo también pasé hace unos meses un trance similar al suyo, aunque no tan grave. Un choque de tráfico. Usaron una terapia parecida y ya me ve...

Vacilé. Mi impulso inicial hubiera sido salir a la carrera, huir de allí para siempre. Como un recluso liberado; como un alma condenada a la que, de repente, se le absuelve de su eternidad en el infierno.

Dominé ese impulso. Era ilógico. Y, además, ofensivo. Ni el doctor Kendall, ni su ayudante, el doctor Wilcox, habían sido conmigo tan inhumanos como para eso. Es más; ellos eran hombres que lucharon por mi supervivencia. Me defendieron de la muerte, incluso en momentos en que mi piel no valía un simple dólar. Me sacaron adelante. Me devolvieron a la vida, al mundo.

No. No era justo. A pesar de todo, debía dominarme. Y me dominé.

—No urge tanto —dije—. Esperaré.

—¿De veras? —Kendall enarcó sus cejas, algo burlón—. Creí que estaba soñando con el momento de verse fuera de estos muros.

—Y así es, en realidad. ¿Tuvo algún paciente que no pensara igual?

—No —murmuró, con un hondo suspiro—. Nunca. Especialmente, si llevaban aquí dentro más de un mes. Usted... lleva tres.

—De cualquier modo, no es tanta mi prisa. —Sacudí mi cabeza, mirando al exterior. Ya brillaban luces en los edificios oscuros. Los rascacielos eran bloques en sombra, salpicados de agujeros luminosos. También de guiños parpadeantes, en todos los colores imaginables.

—Afuera, no me espera nadie ahora. Mañana me iré, doctor. A la hora del sol... A pleno día.

—Como quiera —asintió él, complacido.

—Esto es como una despedida, amigo Finlay. Una despedida con champaña.

—¿Cree que puedo tomarlo sin sufrir sus consecuencias? —

Sonreí, tocándome la cabeza con gesto significativo.

—Estoy seguro de ello —afirmó el doctor Norman Kendall, haciendo un gesto hacia la dama de cabello oscuro—. Claire, por favor, abre la botella.

Claire Kendall, su esposa, asintió con una sonrisa. Era una dama de edad levemente madura, no demasiado. Posiblemente, no alcanzaba los cuarenta años. Y representaba siete u ocho menos. Alta, esbelta, elegante, bien parecida... y con unas curvas plenas, en sazón, propias de su edad, que ella cubría sobriamente con su indumentaria oscura, de algún famoso sello de la Quinta Avenida.

El doctor Wilcox y la enfermera Brent estaban también presentes. La botella soltó su taponazo seco, y brotó la espuma. Claire Kendall dijo con voz profunda, sonriéndonos a todos:

—Además, champaña francés. Es una despedida de gala, señor Finlay. Mi esposo está muy orgulloso de lo que ha conseguido con usted.

—Cuando fui a parar a sus manos, era un caso perdido —asentí—. Ahora, soy de nuevo yo mismo. Se comprende que esté orgulloso de su tarea. Sus manos me salvaron.

—No exagere, Finlay. —Rechazó Kendall, apacible—. Su estado físico era malo, pero no así el mental. Sólo se trató de resolver una fractura de cráneo, algún problema en su masa encefálica. Recuerde que gané varios premios como neurocirujano. ¿Qué clase de especialista sería, si su caso hubiera sido un fracaso? No ofrecía ninguna dificultad, créame.

—El doctor Kendall es muy modesto —sonrió su ayudante, el doctor Wilcox—. No todo era tan sencillo como él dice.

—Estoy bien segura de eso —Claire Kendall vino hacia mí y me ofreció su copa. Me resultaron particularmente fascinantes sus ojos verdes, muy bien maquillados. Si una mujer madura poseía encanto para un hombre joven, aquélla era una de ellas. Y de las destacadas. Se movía con gracia, con elegancia, pero también con sensualidad. Cuando me dio la copa, sus labios dibujaron una especie de mohín casi lascivo. Luego, se apartó, antes de que yo pudiera pensar nada más, y alzando su copa, fue a Kendall, besó a su esposo, y deseó en voz alta—: Por usted, señor Finlay... y por el éxito profesional de Norman.

—Por todo ello —deseó Wilcox, risueño.

Les miré a todos. Luego, guiñé un ojo a mi enfermera Gladys. Remaché, bebiendo el espumoso líquido, frío y dorado:

—Por todos nosotros. Y por mi regreso a la vida. Suerte para todos. Incluso para mí...

No tuve mucha suerte.

Salí a pleno día, eso sí. Pero no a pleno sol.

Llovía. Y llovía con fuerza. Sobre Manhattan, el cielo era un espeso nublado. El cielo era una gran pizarra oscura, la ciudad un lugar sombrío e inhóspito. En las calles, el viento lanzaba hojarasca y lluvia contra uno.

No había ni un taxi. Pero tuve suerte en algo. La curiosidad de los periodistas es insaciable. Y Kim no era una excepción. Kim era una periodista de cuerpo entero. No importaba que ese «cuerpo entero» fuese de primera categoría. Ella era una periodista, y eso bastaba.

—Sube, Mark —me había invitado, apenas bajé los escalones de la puerta principal de la Clínica Kendall de Neurocirugía—. Ya habrás olvidado lo que es ponerse como una sopa.

Ella tenía razón. Había perdido la costumbre de muchas cosas. Incluso de mojarme. Es más, hubiera caminado por las calles, empapándome de lluvia, tal era mi ansia de respirar aire, de sentir el cielo sobre mi cabeza.

Sin embargo, subí. Utilizaba un turismo vulgar, y no le gustaba correr en exceso. Al menos, no ahora. Respiré hondo, cerrando los ojos. Todo había terminado dentro de un coche. Y todo seguía dentro de otro. Entonces, aquel coche iba a más de cien millas. Éste, ni siquiera alcanzaba las cincuenta.

Aparte de eso, pocas cosas habían cambiado. Yo, una mujer, un volante, el asfalto bajo las ruedas. Sólo que ya no hacía calor. No empezaba el verano. Y ella... ella no era Mirna Lass.

—Perdona, Mark —dijo, de repente, Kim. Echó el freno. Detuvo el coche en un aparcamiento. Me miró y era como si la lluvia corriera sobre su propia faz, tal era el reflejo del parabrisas y la cortina de agua en él—. No debí esperarte con el coche. Sabía que salías hoy. Anoche llamó al doctor Kendall. Pero debí pensar que tus últimos recuerdos eran, precisamente...

—Olvida mis últimos recuerdos. Sigue, Kim. No tiene importancia.

—¿De veras, Mark? El doctor Wilcox me habló de posible psicosis y...

—No soy un psicópata —corté, acerado el tono—. Sigue, Kim. Supongo que, a pesar de todo, debo seguir viajando en automóvil. En el tuyo, en el mío, en cualquier otro.

—Como quieras. —Se encogió de hombros. Siguió adelante, saliendo del *parking*. Los limpiaparabrisas funcionaron monocordes, intentando barrer la lluvia de los vidrios frontales. No con mucho éxito, pero al menos, ella pudo conducir, a velocidad prudencial. Me miró un momento por el retrovisor—. Mark, ¿te sientes completamente bien ya?

—Completamente, sí —afirmé.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo de siempre. Trabajar, Kim.

—El doctor Kendall me dijo que...

—El doctor Kendall cree que soy millonario. —Reí—. Tenía algún dinero, pero sospecho que me queda muy poco, después de pagarle. A pesar de tu recomendación, Kim. Esa clínica es cara. Muy cara.

—Pero es la mejor de la ciudad. Tu estado era crítico. Podías salvarte, sí. Pero ¿en qué estado? Todos temían que tu cerebro funcionase mal... si es que funcionaba. Incluso en el Medical Center.

—¿Y ahora? —Sonreí—. ¿Funcionará... aunque sea mal?

—Funcionará a la perfección. Kendall es una eminencia en neurocirugía. Y Wilcox también. Ambos te intervinieron. No hay la menor duda. Todo salid bien.

—Sí, pero tengo algo que no es mío, aquí dentro. —Me toqué la cabeza.

—Oh, Mark, por Dios. —Ella se echó a reír—. Eso es solamente una placa de plata en tu cráneo. Ha existido desde hace años. Heridos en la guerra, accidentados. Mucha gente que sufrió, como tú, la fractura de alguna parte de su bóveda craneana, tuvo que ser «remendada» con esa pieza de metal. Nada importante, después de todo.

—«Remendada» —comenté, entre dientes, con ironía—. ¿Suena bien eso, Kim?

—No sé cómo sonará, pero es una solución. Además de eso, está

la cirugía cerebral. Te libraron de esquiras de hueso, salvaron tu cerebro, tu vida en suma. Tu cuerpo, entretanto, se recuperaba lentamente. No todos se salvan de morir, a más de cien millas a la hora, estrellándose contra el muro de un túnel.

—Lo sé. —Incliné la cabeza—. Dios mío... Cometí un error, dejándole conducir a ella...

—Era una mujer. Y una mujer dura, combativa. Había hecho algo, y sabía que no podía esperar mucho de la sociedad que la juzgase. Eligió el camino más directo.

—Pero lo eligió conmigo, Kim.

—No se la puede reprochar eso. Ella te amaba. Morir juntos es una apoteosis de amor. Romeo y Julieta, por ejemplo.

—Amor... —mascullé la palabra con amplias dudas—. ¿Sabes a quién mató ella, Kim?

—Sí. A su amante. A un hombre llamado Gordon Werker.

—¿También le llamarías a eso... «amor»?

—No —negó Kim—. Eso, no.

—¿Entonces...?

—Trata de entenderlo. Mirna Lass no era la chica honesta que tú imaginabas. Pero así la conociste y así creíste que era, Ella era feliz con ese estado de cosas. Iba a dejar su vida anterior, iba a romper con Gordon Werker. Y entonces, surgió lo imprevisible. El viejo borracho de gran fortuna, resuelve defender sus derechos sobre Mirna. La coacciona. La amenaza con ir a ti, contarte todo lo suyo.

—Pudo haberlo hecho. Eso no hubiera cambiado nada.

—Ella no lo sabía. Temió por todo. Se enfrentó a Werker. Él no cedió. Y ella... le mató. Sólo defendía su derecho a ser feliz, a romper con un pasado vergonzoso... —Kim sacudió la cabeza, con un suspiro—. Mark, ¿lo entenderás algún día?

—No —negué—. No puedo entender ciertas cosas. El asesinato es una de ellas. La violencia nunca está justificada.

—Oh, Mark, me defraudas —suspiró ella—. La violencia forma parte de tu vida. Es tu propio oficio, como a veces es el mío... El mundo entero es hoy en día violencia.

—Pero Mirna... Mirna iba a ser mi mujer. Yo la imaginé diferente, Kim.

—Y no era diferente. No puedes culparla por eso. Ni tampoco por matar. Ni tan siquiera por pretender matarte consigo misma, en

aquel suicidio en el túnel.

Incliné la cabeza. Recordé las palabras de Mirna, su figura en dos piezas, húmeda por el agua tibia de la playa al amanecer... Parecía mentira que hiciera ya tres meses. Tres largos meses. Un largo y cálido verano neoyorquino por medio.

Me toqué la cabeza. Otra vez la punzada... Kim me había enfrentado brutalmente con mi pasado, con el principio de todo. ¿El principio? ¿O, tal vez, el fin?

—Sí —convine sordamente—. Tal vez tengas razón...

—La tengo, Mark —dijo Kim—. Ahora, Mirna Lass duerme su eterno sueño. Lejos de jueces, jurados y Prensa escandalosa. Fue mejor para ella. Y para ti. Pudisteis haber muerto juntos. Ella lo quiso. El azar, no. Saliste bien de todo ello. Vuelves a la vida. Y volver a la vida es dejar atrás muchas cosas. A Mirna, por ejemplo. Y a todo lo demás, Mark.

—¿Y tu historia, Kim? ¿Tu reportaje...?

—Agua de borrajas —rió ella, encogiéndose de hombros—. No escribí nada apenas. Sólo el suceso. El... el «accidente». No tenía derecho a escarbar en tu vida o en la de ella. No hubiera sido justo.

—Entiendo. Gracias, Kim.

—No me las des. Soy periodista, Mark. Pero también soy una buena amiga tuya, aunque lo dudes. —Su rostro reveló cierta picardía, en el marco rojizo de su cabello rebelde. Los pardos ojos brillaron, animosos, con su peculiar inteligencia—. A cambio, espero que algún día me des la exclusiva de algo realmente importante.

—Puedes estar segura de ello. Tienes mi palabra desde ahora mismo.

—Te lo recordaré en la primera ocasión —sonrió ella. Condujo a través del denso tráfico de Columbus Circle, mientras la lluvia arreciaba—. ¿Te dejo en algún lugar determinado?

—Cualquiera será bueno. —Torcí el gesto—. El tiempo no me acompaña demasiado. Mi oficina, por ejemplo.

—¿Vas a empezar ya a trabajar? —Se inquietó Kim—. El doctor Kendall ha dicho...

—Sé lo que dijo el doctor Kendall —corté—. No, no voy a trabajar. Pero me gustará ver cómo andan allí las cosas. Debe haber un montón de correspondencia...

—Y de polvo —rió Kim.

—Eso, sobre todo. —Reí también—. Cuando ocurrió lo... lo de Mirna, mi secretaria acababa de despedirse. Y la mujer de la limpieza ni habrá acudido por allá. Pero nada de eso importa. Lo importante es saber si hay algún nuevo caso.

—¿Qué puedes hacer ahora, si lo hay? —suspiró Kim—. No debes trabajar en un tiempo prudencial. Sería un error regresar enseguida, esforzarte de nuevo, e incluso correr peligros, teniendo, como tienes...

—Una placa de plata en la cabeza —mascullé, irritado—. Sí, Kim, no olvidaré eso fácilmente. Pero no pienses que la tarea de un detective es siempre la de complicarse la vida en problemas peligrosos. Hay mil asuntos tranquilos, rutinarios. Gente que desea el divorcio, cónyuges que se siguen unos a otros, simples pesquisas vulgares, gente desaparecida, un coche robado, un hurto sin importancia.

—Conforme —musitó Kim Farrow, del *News*, con un hondo suspiro—. Te llevaré a tu oficina. Y ojalá no te equivoques.

Me equivoqué.

Había muchas, muchísimas cartas. Lo peor es que la más reciente era la primera de todas y la que, inevitable y estúpidamente, leí yo.

Era de mujer, y estaba perfumado el grueso papel azul, granulado, donde una letra enérgica había escrito, con un impulso perentorio, incisivo:

«Estoy en peligro, señor Finlay. Temo ser asesinada de un momento a otro. Mi vida no vale apenas nada en este momento.

»Necesito verle de nuevo. Llámeme si no, al teléfono PL-2-1266.

»Es urgente. Muy urgente. Sólo en usted confío.

»Elaine W».

Era una carta más. Hubiera sido posiblemente del mismo valor de las otras que se hacinaban en el buzón de la oficina de Mark Finlay, detective privado.

Pero detrás de la carta, fechada solamente ocho días antes de mi salida de la clínica, hallé un telegrama. Rasgué el amarillo sobre de

la *Western Union*.

El telegrama procedía de Nueva York. Justamente de Murray, también. El mismo distrito de la carta azul, granulada y perfumada, con letra femenina.

Su texto era peor:

«Es urgentísimo. Cuestión de horas. Lo que dije en mi carta está a punto de suceder. Estoy asustada. No sé qué hacer. Me temo ocurra en cualquier momento. Dese prisa. Es un ruego desesperado.

»Elaine W».

Tenía una fecha muy reciente: el día antes. No hacía ni veinte horas que aquel telegrama fue expedido, en un distrito de Nueva York.

CAPÍTULO III

Budy seguía siendo el mozo del servicio de restaurante en Wilby's; hay cosas que no cambian fácilmente en tres o cuatro meses. Y Budy era una de ellas.

Acababa de dejarme mi almuerzo en la oficina. El de siempre. Me pareció un manjar, pese a que sólo eran hamburguesas, con lechuga, salsa de tomate, mostaza y apio en sal. Todo ello con cerveza fría, pan tostado y café solo. Una comida frugal, pero suficiente para mí. Al menos, se salía de la rutinaria confección de asépticos preparados, en la clínica del doctor Kendall.

Comí pegado al teléfono. Llamé repetidas veces. Siempre con el mismo resultado: negativo. Nadie descolgó el receptor de PL-2-1266.

Finalmente, pedí información a la centralilla telefónica de mi distrito. No acostumbran a facilitar semejante tipo de información, pero Carol era la telefonista ese día, y yo había ido con Carol a bailar dos o tres veces. Eso abre muchas puertas, a veces.

Me informó en cosa de diez minutos. PL-2-1266 correspondía a unas oficinas de arrendamiento en la Cuarenta y Cuatro Oeste. Justamente en el edificio número 359.

Sorprendido, me interesé por la centralilla del edificio. La respuesta de la complaciente Carol no tardó mucho. El edificio tenía centralilla, pero era el número PL -2-1267-68.

Di a Carol las gracias, a través del teléfono. Y un beso también, por el mismo conducto. La chica se lo merecía, aunque fuese más bien fea. Si acaso, sólo sus pantorrillas valían la pena. Y su seno... mientras llevara corpiño. Luego, valía más no pensarlo.

Su información, sin embargo, era valiosa. Llamé ahora a PL-2-1267.

No necesité utilizar el otro número. Me contestó una voz de

hombre, monocorde y rutinaria:

—Edificio Centro. —Me dijeron—. ¿Con qué apartamento?

—Busco a Elaine —dije.

—Elaine... ¿qué? —Puntualizó ásperamente el telefonista.

—Elaine W —dije—. Es todo lo que sé. Me dio su teléfono:
Plaza 2-1266.

—Equivocó un número. Éste es el uno-dos-seis-siete.

—Ya lo sé. Pero su número no contesta. Me dijeron que pertenece a ese edificio.

—Pertenece sólo en cierto modo. Desde el número 1250 al 1266, corresponden a las oficinas de las dos primeras plantas. No entran en mi centralilla.

—¿En cuál, entonces?

—En Plaza
2-1250,
naturalmente. —Parecía irritado.

—¿No puede usted ver si alguna ocupante de los apartamentos se llama Elaine de nombre y su apellido empieza por. W? Es muy importante. Puede ser de vida o muerte y...

—Lo siento —cortó sin ninguna amabilidad el tipo—. Llame a plaza
2-1250,
señor.

Y colgó.

Respiré con fuerza. Probé con Plaza
2-1250.

No conseguí nada. La centralilla me respondió. E incluso llamó varias veces, estérilmente, al
2-1266.

Me informaron lo que yo sabía ya: no respondían.

—Pero ustedes sabrán algo sobre esa oficina y su ocupante —alegué, al conocer la noticia negativa.

—Bueno, no mucho —confesó el telefonista—. Son oficinas de alquiler. Más bien pequeñas, aunque de lujo. Amuebladas, caras. Ese número corresponde a la oficina 28 B, en el segundo piso. Aquí consta como arrendatario un tal Naismith, pero está borrado con un trazo en rojo. Eso significa que ya dejó la oficina y... Espere. Hay otro nombre escrito debajo.

—Elaine —me informó.

—Elaine, ¿y qué más?

—Es difícil ver lo que dice aquí: West, o Welsh, o algo así. Debe ser su nueva ocupante. Pero será muy reciente. No sabía nada de eso.

—Tal vez de ayer mismo —dije, pensativo.

—Sí, pudiera ser —convino el telefonista—. Yo tuve ayer mi día libre. Quizá lo arrendó, y por eso no sabía nada.

—¿Sabe a qué dedica ahora la oficina esa dama?

—No, en absoluto. Ni siquiera sé quién es ella, conque imagine, señor...

Le di las gracias. Repetí mi llamada al inefable Plaza 2-1266. Y, naturalmente, no hubo respuesta.

No me sorprendió en absoluto. Me limité a colgar el teléfono. Leí de nuevo carta y telegrama. Encendí un cigarrillo, y reflexioné.

Me encontraba a solas en mi propia oficina. Kim, a estas horas, estaría en su Redacción del *News*. Yo intentaba hacer algo por mi cuenta, pese a ser el primer día de auténtica independencia, fuera de la clínica del doctor Kendall.

Pero no podía evitarlo. Aquella carta, aquel telegrama... Y ahora, la intriga que envolvía a la pequeña oficina de lujo recién arrendada...

No había llegado mi hora de trabajar, ciertamente. No sé cómo, me entró el cansancio, el agotamiento. Y el sopor.

El cigarrillo cayó de mis dedos. Traté de evitarlo, y no pude. Un momento después, estaba dormido.

Cuando desperté, era noche cerrada, más allá de las ventanas de mi oficina. Me incorporé torpemente. Encendí la luz.

Y entonces vi el asesinato.

Nunca había presenciado antes un crimen. Nunca fui testigo directo de un asesinato.

En realidad, nunca sabré si entonces lo fui.

Pero la mujer estaba muriendo, ante mí.

La mujer acababa de exhalar un terrible chillido, que erizó los cabellos de mi nuca y heló la sangre en mis venas. Luego, vi alzarse el arma. Un arma extraña, poco frecuente. Creo que la había visto a veces en viejas películas y documentales. Incluso en reportajes y textos bélicos.

Un sable japonés. Un samurái.

Lo vi caer sobre el cuello de la mujer. Ella chilló. Chilló de aquella forma espeluznante y tremenda.

Luego...

Luego, algo saltó por los aires. No supe lo que era. Todo resultaba borroso, turbio. Como si en mi oficina, pese a la luz vertical encendida, hubiese niebla. Afuera llovía. Se podía percibir el rumor insistente del agua, contra los cristales de la ventana.

Vi a la mujer de nuevo. Sus chillidos ya no se percibían. La vi moverse, como flotando. Parecía querer huir. Huir de algo. De alguien...

Del samurái. De la mano enguantada, manchada de sangre. También había sangre en la hoja curva del arma afilada y terrible. Yo no podía ver sino aquel brazo, aquella mano con el guante y la sangre, el arma en sus dedos, flotando ante mí.

Y a ella. A la mujer, moviéndose... sin cabeza.

Un cuerpo decapitado. Un cuerpo vestido de verde, que oscilaba en horrible bailoteo trágico, antes de detenerse, rígido, en medio de una apoteosis escarlata. Luego, cayó.

Cayó de bruces. Sobre el suelo de mi oficina. Lo salpicó todo de rojo. El samurái huyó de la mano enguantada del asesino. También cayó a tierra. A mis pies, sobre la raída alfombra de mi despacho.

Retrocedí, con un grito. Lívido, descompuesto, me arrojé sobre aquella figura borrosa, informe, de la que sólo podía ver el brazo. Estiré mis manos, aferré algo, tiré de ello.

—Lo tengo —jadeante, mi voz me pareció irreconocible—. ¡Lo tengo! ¡Es el asesino!

Luego, el perchero cayó sobre mí. Me golpeó, me fui atrás, trastabillando y dándome un golpe en el costado, contra mi mesa. Parpadeé, aturdido.

Miré mis manos vacías. El perchero en el suelo, la luz vertical, oscilando sobre mi cabeza. La alfombra raída, pero limpia de sangre, de cadáveres, de samuráis.

Sacudí la cabeza. Me costó un tiempo empezar a comprender. Cuando lo logré, pasé mi mano por el rostro. La retiré empapada de frío sudor. Alrededor mío, la oficina seguía siendo un lugar vacío, algo inhóspito, por el tiempo en que no funcionaba el aire acondicionado, pero nada más.

Vacío.

Eso era. Vacío. Sin nadie, excepto yo. Ni mano enguantada, ni sable japonés, ni una mujer decapitada, ni un baño de sangre. Nada.

—Dios mío —gemí, tapándome el rostro con una mano crispada—. Dios mío, qué extraña visión.

Me dio un doloroso aguijonazo en la cabeza. Luego, un mareo brusco que me hizo oscilar. Logré sujetarme en el mueble, respirando con fuerza. Me precipité a la ventana, y asomé el rostro.

Me azotó el aire fresco de la noche de setiembre, la lluvia racheada. Y me sentí mejor. Infinitamente más despejado. Me volví hacia el interior del despacho.

Nada había cambiado. Todo igual. La luz oscilando, el perchero, mis objetos de siempre. Ridículo esperar otra cosa. Había sufrido una alucinación, eso era todo. O un mal sueño, que me duró algún tiempo, tras despertarme de él.

—Qué estúpido —murmuré, cerrando de nuevo la ventana—. Qué gran tontería imaginar que todo eso... fuese verdad...

Di unos pasos por la habitación. Incorporé el viejo perchero. Me costaba trabajo entender semejante fenómeno. Yo nunca padecí antes de ahora alucinaciones o impresiones semejantes. Pero lo cierto es que tampoco antes de ahora pasé un trance como aquel del choque brutal con el deportivo de Mirna, en el túnel de Manhattan, en su gran holocausto. Y todo lo demás: lesiones físicas y cerebrales, intervenciones quirúrgicas, convalecencia.

Respiré con fuerza. Cerré los ojos, pasándome la mano por el rostro. Mi sudor era frío y viscoso, pero ya no era tan copioso como antes. Al abrir de nuevo los párpados, temí verme de nuevo inmerso en la extraña escena de sangre. Tan vivido había resultado todo.

Pero no sucedía nada. Yo continuaba solo, en mi oficina. A mi alrededor, silencio, soledad, quietud. Fuera, en la calle, humedad, lluvia, ruido de tráfico rodado sobre el asfalto mojado.

Abrí el armario metálico. Todavía estaba allí. La botella de *brandy* que un día descorché para tomar una copa. Con Mirna.

Suspiré. Bebí un trago del mismo recipiente. Me sentí mejor al notar el impacto suavemente cálido del licor en mi estómago. Reanimado, fui hacia la puerta. Era mejor salir de allí, regresar a casa. Y olvidarse de todo. De todo. De Mirna, del pasado, de la clínica del doctor Kendall, de la extraña alucinación de la mujer

decapitada.

Hacía frío en la calle. O lo tenía yo, no sé. Pasó un taxi. Llamé. Subí al vehículo le di la dirección de mi casa. El pequeño apartamento en la Calle Doce. Bajó por Broadway. Los cines y teatros eran ascuas de luz, reflejándose en el charol negro del asfalto lluvioso. No me apetecía entrar en ninguno de ellos. Ni Siquiera en un club o en un bar. Estaba desconocido ahora, tras abandonar la clínica del doctor Kendall. ¿O era por lo sucedido en mi despacho, cuando creí presenciar un extraño crimen?

Fuese lo que fuese, bajó del taxi ante mi casa, subí a mi apartamento y me acosté sin cenar. Dormí apaciblemente. Hasta que el sol estuvo muy alto sobre la ciudad, entre jirones de nubes grises, iluminando los charcos de agua en las calzadas de Nueva York.

Lo que me despertó fue el timbre de la puerta. Llamaba, insistente. Me incorporé de mi lecho, que tanto había extrañado tras aquellos meses en la blanca cama de la clínica, y fui a abrir, anudándome descuidadamente el batín sobre mi pijama.

—Hola, Mark —me saludó mi visitante.

—Hola. —Le respondí, invitándole a entrar, todavía soñoliento.

El teniente Scott Siodmak, de Homicidios, entró en la vivienda. Era la primera vez que le veía en mucho tiempo. Pero había cosas que yo no olvidé en ese período.

Él lo sabía. Por eso se volvió, me miró fijamente, antes de entrar en el *living*, y me dijo con sencillez:

—Lamento todo, Mark. Nunca debí sospechar de ti. No podías ser un asesino.

—Un asesino. —Repetí. Me quedé mirándole—. Un asesino. Es lo que pensaste de mí, ¿no es cierto?

—Debo confesar que sí —dijo con un suspiro—. Compréndelo, Mark. Todo te acusaba a ti. Gordon y tú habíais peleado en público, le amenazaste de muerte. Nunca tuviste demasiada buena fama. Eres violento, duro. Pudiste haberle matado sin querer, en una disputa demasiado áspera. Era la idea del Departamento.

—Y la tuya —dije, muy frío.

—Y la mía, sí —convino él, resignado. Hizo un gesto elocuente con ambas manos—. No puedo negarlo, Mark. Luego... supe lo de Mirna...

—Menos mal que ella sobrevivió unos minutos —dije—. En otro caso, hubiera pasado por culpable. Incluso por asesino de ella.

—Sí, puede ser —admitió—. Pero Mirna sobrevivió lo justo. Confesó. Entonces entendí...

—Claro. La palabra de una persona, aunque sea amiga, vale bien poco. Lo que cuenta son las evidencias, ¿no?

—Exacto. No espero que lo entiendas, Mark. Tú eres detective privado. Yo lo soy oficial. Tengo unos jefes, me exigen unos resultados. Está el Fiscal del distrito. Todos estaban contra ti. No les caes bien, lo siento. Nunca fuiste demasiado simpático para ellos. Era una buena ocasión la que tenían para... para aplastarte, ¿entiendes?

—Claro que entiendo. Todo es diáfano. Necesitabais un culpable. Yo era bueno para eso. Y os librabais de una persona molesta, que a veces obtiene más éxitos que todos vosotros.

—No es eso, Mark. —Se dolió Siodmak—. Ciertamente que a veces te complaces en humillar a los demás, pero no es suficiente. Se trata de...

—Sé de lo que se trata, Scott —repliqué—. No me gustan tus superiores, la verdad. Por eso me complace ponerles en ridículo.

—Es peligroso.

—Todos me tienen sin cuidado. Estuvieron a punto de ponerme la soga al cuello, y no lo lograron. Las cosas no pueden ponerse peor, Scott.

—Nunca se sabe, Mark. Pero dejemos eso. Vine en son de paz. Como amigo, aunque no lo creas. Me alegró que todo saliera bien. Me alegró saber que... que no eras culpable. Y me alegrará volverte a ver compitiendo con nosotros, para tratar de llevarte el gato al agua antes que la División de Homicidios y el Fiscal.

—Tardará algún tiempo en ser todo como antes —suspiré—. Estoy en un período de recuperación, Scott.

—Sí, entiendo —afirmó, mirándose pensativo—. ¿Cómo marcha todo?

—Bien. —Me toqué la cabeza—. A veces molesta un poco. Llevo un trozo de plata en el cráneo, pero eso es todo. Lo demás, va funcionando.

—Me han contado que estos meses los pasaste aislado de todo. Supongo que no querrás conocer detalles del asunto, nada sobre

Mirna y todo lo demás...

—No, nada. Me basta saber que ella fue culpable. Que murió, y se cerró el caso. Es suficiente, Scott.

—Entiendo muy bien. Tú... tú lo sabías ya, ¿verdad?

—Lo supe a última hora. Mirna no lo negó. Sencillamente, aceptó el papel de heroína trágica. Con todas sus consecuencias. Lo malo es que quiso darle un final épico.

—Y casi lo logra —resopló Scott Siodmak. Me miró atentamente—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Trabajar. En cuanto me vea capacitado. Como siempre.

—No me refería a eso, Mark. Ella era tu prometida, ibais a casaros y...

—Terminó —dije, tajante—. Todo. No sé lo que haré, Scott. No hay nadie más. Ninguna otra chica, si es eso lo que te preocupa.

—Me preocupas tú. Quisiera ver algún nuevo aliciente en tu vida.

—En cualquier momento puede surgir, Scott. —Sonreí—. Gracias, de todos modos.

Se puso en pie. Habíamos charlado sentados allí, en mi *living*. *Cuando le acompañé a la puerta, se mostraba tan indeciso como al principio. Nos estrechamos la mano, ya en el umbral de salida. Él me miró con interés.*

—Aunque no lo creas, Mark, puedes acudir a mí siempre que quieras —dijo—. Soy tu amigo. El Departamento no te profesa simpatía, y el Fiscal te detesta. Pero yo soy Scott Siodmak, ciudadano particular, además de teniente de policía. Sobre la persona, nadie puede ejercer presión.

—Gracias, Scott. —Sonreí—. Tendré en cuenta tus palabras. Buenos días.

—Buenos días, Mark. Y suerte.

Cerré. Cuando me quedé solo, recordé mi alucinación de la noche antes. Tentado estuve de abrir nuevamente, llamando a Siodmak y pidiéndole opinión sobre mi rara visión sangrienta. Luego pensé que todo eso era estúpido. El sable samurái, la mujer decapitada y el hombre de la mano enguantada, solamente podían existir en mi imaginación, todavía enfermiza, febril y excitable. Era ridículo hablar de ello a nadie, y menos aún a Scott Siodmak, teniente de Homicidios.

Volví al gabinete. Me senté, pensativo. Permanecí así un espacio de tiempo. Luego fui al frigorífico. Estaba lamentablemente vacío. Eso me decidió a asearme un poco, borrar de mi rostro los últimos vestigios de sueño, y bajar al restaurante vecino, a tomar algún refrigerio.

Era mi segundo día fuera de la clínica. Recuerdo que volví a insistir por tres veces sobre el teléfono Plaza 2-1266. El mismo resultado negativo acompañó mi gestión.

Aquella tarde, me acerqué al edificio de la Calle Cuarenta y Cuatro Oeste. Estuve ante la puerta 28 B del segundo piso de oficinas, llamando con idéntico resultado nulo que por teléfono. El nombre del buzón figuraba en blanco, y en la conserjería me indicaron que una tal Elaine Welsh era la nueva arrendataria del despacho, pero nadie la había visto por allí aún. En el libro de registro, figuraba la posible ocupación de la oficina: Actividades comerciales. Algo muy vago y difuso.

No aclaré nada. Volví a casa. Sentía fatiga, cansancio. Me acosté. Dormí apaciblemente. No tuve pesadillas. No soñé con la misteriosa comunicante de Plaza 2-1266. Tampoco con la rara alucinación del crimen sangriento. En realidad, creo que no soñé con nada. Y si lo hice, no lo recuerdo.

Así pasaron los días. Casi una semana.

Tuvimos unas fechas con un buen tiempo relativo. Luego, volvió a llover.

Y, de repente, se repitió mi alucinación.

Vi otro crimen. No era el mismo, no. Era otro.

Esta vez, era un hombre quién moría asesinado ante mis propios ojos, como en la mejor y más nítida proyección cinematográfica.

CAPÍTULO IV

Era un hombre alto y guapo. Evidentemente, muy guapo. Eso hubiera dicho una mujer de él.

Yo estaba seguro de eso. Había visto a muchos hombres como él, tener éxito con las mujeres. Atlético, bronceado, esbelto, de cabello rubio, revuelto, rebelde, aunque sin espontaneidad. De ojos claros, no sabía bien qué color exacto. Viril y arrogante, aunque sus facciones se desdibujasen, como diluidas en aquella extraña bruma que difuminaba ante mis ojos la fantástica escena.

Como fascinado, contemplé, incrédulo, lo que sucedía ante mí. Estaba lloviendo afuera, lo mismo que aquella otra noche. Una llovizna menuda e insistente que repetía su tamborileo en la ventana de mi apartamento.

Sobre la mesa, un alto vaso de *whisky* y hielo, reflejaba un destello de luz azul de mi apartamento. Sólo que en mi apartamento, no había ninguna luz azul.

De repente, el vaso cayó, rompiéndose con estrépito. El *whisky*, con olor a suave *bourbon de Kentucky*, se derramó sobre la moqueta azul cobalto. Sólo que mi moqueta era naranja.

Los cubitos de hielo bailotearon, rodando sobre la moqueta, lejos del charco de *whisky*. Alguien gritó, al fondo del *living*. *Miré allá.*

Era él; el hombre alto, rubio, de ojos claros, de piel bronceada. Estaba en camiseta. Una camiseta deportiva, ajustada a su musculoso torso. Una camiseta de manga corta, color amarillo limón. Con un emblema y un nombre deportivo, no supe cuáles en ese momento. Aparecía tan borrosa la imagen...

Y, de repente... la mano enguantada.

La misma mano. El mismo brazo. Ahora no esgrimía un samurái. Ningún arma blanca. Era un arma de fuego. Un arma corta. Una pistola automática. Sé lo suficiente sobre armas para poderla

identificar en el acto. Una «Smith & Wesson» calibre 32. Con silenciador.

Apuntaba al rubio atleta. Él gritó de nuevo. La mano enguantada no vaciló.

Apretó el gatillo.

—¡Noo! —chillé, precipitándome adelante.

No pude evitarlo. Una, dos, tres veces. Tres presiones al gatillo. Tres sordos impactos de bala. Tres golpes secos. Tres taponazos.

Tres agujeros redondos, oscuros, sobre el amarillo limón de la camiseta deportiva. Tres hilos rojo oscuros. Sangre, deslizándose de los boquetes de muerte.

Sangre. Muerte. Agonía.

Un grito ronco. Un estertor. Cayó de rodillas. Estiró sus brazos, desesperado, como implorando algo de su asesino. La mano enguantada disparó otra vez el arma silenciosa.

Otro ploc ahogado. Otra bala. Otro agujero. Más sangre.

Un espasmo. Una caída de bruces en la moqueta azul. La inmovilidad total. La muerte, tras otro espasmo final. Silencio luego.

Forcejeé, buscando el brazo, la mano enguantada. No hallé nada. La mano, el arma, el brazo, el cuerpo del asesino, se disolvieron en el vacío, en la nada. Frente a mí, un hombre muerto, al pie de una ventana. Llovía. A pesar de ello, era visible la esfera luminosa del reloj, en aquella torre de cemento y vidrio.

Luego, se disolvió todo. Ventana, reloj, lluvia, cuerpo...

Me quedé petrificado. Encogido sobre mí mismo, junto a la mesita de centro, tambaleante. La moqueta ya no era azul, sino naranja. Llovía, pero no había ningún reloj luminoso allá afuera. No había nadie en el suelo. No había sangre. No había un vaso roto en el suelo. Ni *whisky* derramado, ni cubitos de hielo dispersos.

Todo estaba igual que antes. Mi vaso, aunque oscilaba ligeramente, seguía sobre la mesita. El hielo flotaba en él, apacible. Delante, nada. Nadie. Solamente yo en el *living*. *Sin luces azules*.

—Dios mío, no —gemí.

Me dejé caer en un asiento. Sentía el sudor frío en mi rostro, en mis manos, repentinamente heladas y viscosas. Miré una y otra vez en derredor. Sacudí la cabeza, angustiado.

Otra vez. Una escena absurda, inexistente. Otra alucinación.

Me moví, al incorporarme. Tomé el vaso de *whisky*, bebí un trago prolongado. Me sentí algo mejor, no mucho. Luego, miré a la ventana. Llovía, sí. Pero eso era todo. De lo demás, nada de nada. Pura imaginación. Ensueño o lo que fuese.

Di irnos pasos. Me apoyé en un mueble. Sentía mareos, náuseas incluso. Tomé el sobretodo de una percha. Fui rápido hacia la salida. Bajé a la calle.

Caía la tarde. Los periódicos vespertinos acababan de salir a la venta. Adquirí uno al azar. Avancé unos pasos, bajo la llovizna. Me detuve bajo una marquesina. Más para tomar aliento y respirar aire fresco, que para leer, aunque eché una ojeada a la primera página del diario, de un modo casi instintivo.

El titular pareció estallar ante mí, en un raudal de negra tinta de imprenta:

«MUJER ASESINADA, HALLADA EN ESTADO DE
DESCOMPOSICIÓN. IMPOSIBLE IDENTIFICACIÓN,
POR EL MOMENTO. FUE DECAPITADA»

—¿Qué te trae por aquí, Mark?

—Simple curiosidad profesional. Leí la noticia, Scott.

—Creí que aún no ejercías.

—Y no ejerzo. Pero la profesión nunca se abandona del todo. Ni el instinto.

—Ya —Siodmak frunció el ceño, mirándome pensativo—. ¿Qué querías ver?

—Supongo que no hay mucho que pueda verse.

—No, no mucho. Sólo eso —señaló el bulto, tapado por la manta—. Y no es nada agradable, te lo aseguro.

—Lo imagino. Leí los diarios la...

—¿Decapitada? Sí. Un limpio corte, Mark. Como la guillotina.

—¿Un... hacha?

—No creo. —Sacudió la cabeza—. Es otra clase de corte. Acaso un machete muy afilado, no sé. El forense dirá, Mark. En serio, ¿este asunto te preocupa?

—Siempre que ocurre algo raro me preocupo. Leí que te ocupabas tú de ello, y resolví verte. ¿Te molesto acaso?

—No, no. —Rechazó Siodmak, incluso con excesiva cordialidad

para lo que era su carácter—. No me molesta en absoluto. A veces, sienta bien tener a alguien con quien cambiar impresiones no oficiales, Mark.

—¿Se sabe ya quién es ella?

—Imposible. No hay dato alguno. El cuerpo muy descompuesto, sin rostro, sin cabello, sin documentos. Sin duda, se trata de una mujer de buen físico, pero, de momento no sé más.

—¿Dónde estaba el cuerpo, Scott? —me interesé.

—Allí dentro, señaló hacia el río, ceñudo desde la dependencia de la Morgue. —Con lastre. Evidentemente, quisieron hacerlo desaparecer durante el mayor tiempo posible. Acaso para que no fuese identificada. La verdad, no entiendo. Se enganchó en el ancla de un remolcador. Gracias a eso, se adelantó el hallazgo. De otro modo, hubieran pasado meses, tal vez...

—Sí, lo imagino. —Contemplé el bulto. Avancé hacia él. Sentía una tremenda, una irreprimible curiosidad por contemplar aquel cuerpo sin cabeza, envuelto en la manta. Le pregunté a Scott Siodmak—: ¿Puedo...?

—Claro, Mark —asintió—. Si aún no has cenado...

—Esas cosas nunca me hicieron vomitar. —Sonreí, encogiéndome de hombros. Y alcé la manta mojada. Dejé al descubierto el cadáver sin cabeza.

Me estremecí. Debí perder el color.

Los jirones de sus ropas fangosas, medio descompuestas por la acción del agua en una prolongada inmersión, eran de un verde turbio, desvaído. Pero verde, ciertamente.

Verde. Como en mi alucinación. Ella... ella vestía de verde, al morir.

Y ella había sido decapitada. Con un machete acaso. Con un samurái, diría yo.

Pero no dije nada. Contemplé aquellas formas que un día fueran hermosas, aquel cuerpo que alguna vez fue generosamente dotado por la Naturaleza. Ahora, era una forma hedionda, envuelta en moho, en musgo, en corrupción maloliente. Y sin cabeza. Sin rostro. Sin facciones. Sin nombre.

Contemplé lo que acaso fueron manos suaves, hermosas y delicadas. Sin anillos, sin joyas. Sin nada que permitiera una identificación. Los dedos casi descarnados, envueltos en carne

putrefacta, hinchada, incolora ya. Y sin yemas.

—Creí que no te hacían vomitar los cadáveres en ese estado —dijo con sarcasmo Scott Siodmak.

No respondí. Estaba contemplando el cuerpo. Él tenía razón. Mis náuseas eran invencibles. A pesar de todo, no vomité. Seguí contemplando aquella forma desdichada, víctima de un criminal sin conciencia. Luego, tiré la manta encima. Me erguí, respirando fuerte.

—No me las doy de fuerte, teniente —dije con frialdad—. Es horrible. Nunca estuve más cerca de enfermar.

—Estamos de acuerdo —aceptó Siodmak—. Ya estropeó algunas digestiones. La del forense, la del ayudante del Fiscal y la mía.

En otra ocasión, hubiera sonreído, incluso. Ahora, no sentí el menor deseo de hacerlo. No sólo por el cadáver. Estaba pensando. Pensando en mi visión de una semana atrás o poco menos. Seis días, justamente, calculé ahora. Seis días antes, yo vi morir a esa mujer, en alguna parte. Y ahora...

—Te noto raro, Mark —dijo, de repente, el oficial de Homicidios.

—¿Raro? —repetí, irguiendo la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

—No, nada. —Sacudió su cabeza, pensativo—. Olvídalo. Hemos pedido datos a otros departamentos. Metropolitanos y federales. Buscamos personas desaparecidas últimamente. Mujeres que no dejaron rastro. Sus familiares pueden aclarar algo. Luego, hospitales y otros centros. Hay que apurar todas las posibilidades.

—¿Va a intervenir el FBI en esto? —indagué.

—No me caen bien esa gente de Washington —refunfuñó Siodmak—. Yo siempre sostuve que son pistoleros con patente de corso legal. Pero la ley me obliga. Es un crimen con mutilación. Los G-Men

tienen derecho legal a intervenir, si les place, malditos sean todos ellos.

Reí. Era proverbial la rivalidad entre la Metropolitana y el FBI. Y no sólo en Nueva York ciertamente.

—¿Te diste cuenta? —señalé—. Mutilaron también las puntas de sus dedos. No hay huellas dactilares. Duro hueso de roer para los federales.

—Que se las arreglen los hijitos de papá Hoover —masculló el

teniente, malévolo—. Si pudiéramos poner en claro la identidad de esta desdichada mujer, antes de que los federales entren a saco en nuestra ciudad, podríamos evitar su intervención. Pero lo veo difícil. No hay datos, no hay indicios sobre la personalidad de esa desventurada.

—Te deseo suerte, teniente. Vas a necesitarla.

—Ya lo sé. Hay hombres-rana buceando en el Hudson, por si algo se desprendió del cadáver. Alguna pertenecía, alguna joya, ya me entiendes. No confío mucho en eso, pero hay que intentarlo todo. También se examinará su cuerpo, su dentadura, por si alguna vez la intervinieron médicamente, y así reducir posibilidades. Es cuanto se me ocurre, Mark. ¿Y a ti?

—Si pudiera ayudarte... —Evoqué mi alucinación de aquella noche, en mi oficina. No recordé nada especial, salvo el samurái. Un arma rara, peculiar, ciertamente. Pero mencionarla al teniente, podía ser imprudente. ¿Cómo explicarle a él que yo vi aquello con los ojos de mi imaginación? No era hombre capaz de creer en premoniciones ni cuestiones extrasensoriales.

Abandonamos la Morgue, y Siodmak se ofreció a llevarme a su oficina, en el Departamento Central de Policía. Acepté. No conducía automóviles todavía, y aquel punto era para mí más céntrico que el sombrío edificio del Depósito de Cadáveres.

Me alegré de aceptar su oferta. En su oficina había novedades. Un hombre-rana había encontrado algo, en el fango del lecho del río, aproximadamente en el punto donde yacía el cuerpo de la mujer decapitada, envuelta en cadenas y lastres.

Era una pequeña llave plana. Una Yale algo oxidada, pero no mucho. Un experto del Departamento había dicho que no llevaba más de una semana sumergida, y eso era significativo.

La llave ofrecía grabado el nombre de su fabricante o marca. Y algunos signos más, en su parte superior. La examinamos con una potente lupa.

—Hay cifras y letras, pero el óxido no deja ver bien —comentó Siodmak, pulsando un timbre—. Avisaremos a los expertos. Que limpien y fotografíen la llave para traducir lo que tiene grabado.

Yo la examiné bajo el poderoso cristal de aumento. Luego, la dejé, con un suspiro.

—Sí, hazlo —comenté, indiferente—. Yo me siento cansado ya.

Todavía no estoy habituado a todas estas cosas, teniente. Demasiadas emociones en unas pocas horas. Buenas noches, Scott.

Me despidió con un gruñido, quizá algo sorprendido por lo brusco de mi mutis.

Naturalmente, yo mentía. Me había costado mucho dominar mi excitación. Pero confiaba en haber engañado a Scott. Al menos, por el momento.

Había leído perfectamente lo grabado en la parte superior de la llave. Eran dos números y una letra: 28 B.

Enseguida recordé. Oficina

28 B.,

de un edificio en la Cuarenta y Cuatro Oeste. Elaine Welsh, la mujer que temía morir.

Hubiera sido una estupidez pedir entrar en aquella oficina. Ni siquiera pensé en ello.

Por eso alquilé por un mes la oficina 22 B., una de las pocas que quedaban libres en el segundo piso. Subí con mi llave. La probé estérilmente en la 28 B. Sabía de antemano que no iba a servir, pero nada perdía probando.

Había ido preparado. Extraje el manojó de delicadas y complejas ganzúas que formaban parte de mi equipo profesional, después de comprobar que no había nadie más en el piso destinado a oficinas.

Resultó positiva la octava llave. Cedió la puerta. Entré en la oficina 28 B. Giré la llave de la luz. Me enfrenté al interior, cerrando tras de mí cuidadosamente.

Como fascinado, miré cada detalle. La ventana, la lluvia fuera, la luz vertical. Muebles metálicos, moqueta gris. Me incliné. Manchada. Grandes manchas oscuras. Rocé con mis dedos. Retiré pequeñas partículas negruzcas. No necesitaba laboratorios para identificarlas.

—Sangre —musité.

Sangre seca. Sangre humana, tal vez. Aquel despacho...

Sólo faltaba ella. Con su vestido verde. Y el hombre de la mano enguantada, con el sable samurái en los dedos.

Todo igual. Tal como lo soñé, lo imaginé, o lo vi.

—Dios mío. —Me oí murmurar a mí mismo.

Caminé hasta muy cerca de la ventana. Me estremecí. Allí. Allí había caído la cabeza. Contemplé la moqueta gris. La mancha era

más profunda, más amplia. Circular. No era difícil imaginar el resto.

Empecé a recorrerlo todo. Abrí archivadores, gavetas, armarios, incluso el botiquín y el armario de aseo en el pequeño lavabo inmediato, cuyo grifo ofrecía igualmente salpicaduras color óxido. El asesino debió lavarse antes de salir. Acaso enjuagó el arma.

Me puse en pie sobre el excusado. Palpé dentro del agua del depósito, buscando algo, no sabía qué.

No lo encontré. Demasiado astuto el asesino. Si había extremado precauciones para ello, no iba ahora a dejar tras sí huellas de su persona, o de su víctima. Desalentado, bajé de nuevo. Me froté las manos. Si al menos hubiera encontrado lo que faltaba del cadáver, su parte mutilada. Pero era demasiado esperar.

Me detuve en la salida, sobre la moqueta gris. Me incliné. Allí mismo, según mi visión extrasensorial, había estado en pie el asesino. Desde allí avanzó hacia su víctima, enarbolando el terrible samurái.

Mis dedos volvieron a hurgar en el pelo gris de la moqueta. Los retiré con algo. Miré las yemas de mis dedos. Amarillo terroso. Siena pálido. Gránulos pequeños, cristalinos casi.

Saqué un sobre de celofán de mi bolsillo. Puse dentro aquellos gránulos amarillentos. No sabía lo que podían significar, pero los guardé. Era todo lo que tenía.

Cerré tras de mí. Salí del edificio. Y muy a tiempo.

Apenas pisé la acera, alejándome a buen paso calle abajo, entró por el lado opuesto un automóvil oscuro, con el distintivo de la División de Homicidios. Lo reconocí en el acto; era el coche del teniente Siodmak. Mi ventaja sobre él había durado bien poco.

Me metí en un cercano restaurante, abierto toda la noche. Pedí carne y puré de patata, con cerveza. Me acomodé al fondo del mostrador. La camarera era joven, muy rubia y muy repleta de curvas.

Súbitamente, mientras esperaba mi cena, oí un grito de mujer en la cocina. Luego, forcejeo, jadeos y otro chillido. Se quebraron platos allá dentro, y mi *steak* y el puré de patata fueron a parar al pie de la puerta batiente de la cocina.

No había nadie más en el largo local bien iluminado, de modo que salté limpiamente el mostrador, y penetré en la cocina.

El tipo estaba erguido frente a la curvilínea camarera. Ésta, con

su blusa blanca desgarrada, dejaba ver que sus senos no eran precisamente postizos. Frente a ella, el hombre jadeaba, lívido, con ojos desorbitados, fijos en sus formas, y empuñaba, decidido un largo cuchillo de cocina. El terror de ella era evidente.

—¡Dios mío señor, sálveme! —Sollozó ahogadamente—. ¡Es un sádico, un asesino de mujeres! ¡Va a matarme!

—¡Ramera, provocadora! —aulló él, arrojándose hacia ella, cuchillo en ristre.

Me crucé en su camino, aunque era peligroso. Me tiró un tajo escalofriante, con ojos desorbitados. Pude eludirlo. Le solté un mazazo seco al mentón. Y le vi caer, como un fardo.

Sin darme cuenta cómo, noté contra mi cuerpo las formas turgentes de la camarera de blusa desgarrada. Estaba sollozando. Y pegándose a mí como una lapa.

—Usted salvó mi vida —jadeó, trémula. Se apretó endiabladamente a mí, y sentí que perdía hasta el aliento—. Me hubiera degollado, estoy segura. McCallum es un morbos, un monstruo.

—Patética y hermosa escena. —Sonó con sarcasmo la voz del teniente Siodmak—. ¿Te sientes un perfecto héroe, Mark?

Me volví, sin poder desasirme de aquella muchacha. El oficial de Homicidios, revólver en mano, estaba en la puerta de la cocina, contemplando la escena con acusadora ironía.

CAPÍTULO V

—Creo que tienes mucho que explicarme, Mark Finlay.

Sacudí la cabeza, viendo entrar en el coche policial, debidamente esposado, al todavía vacilante dueño del restaurante. Un fotógrafo oportuno tiraba instantáneas con *flash*, y la camarera aprovechaba la ocasión para fotografiarse con su blusa rota, eligiendo las posturas más forzadas, siempre de modo que exhibiera los más profundos desgarrones, así como una mayor panorámica de sus bien formadas pantorrillas.

—Me gustaría saber cómo diablos diste conmigo, Scott —repliqué, irritado.

—No era difícil. En el edificio me dijeron que acababa de salir un joven a quien habían arrendado una oficina en el segundo piso, justamente poco antes. Su descripción era exactamente la tuya. Corrí en busca tuya, sin hallarte, y entonces oí los gritos y estrépito en ese restaurante nocturno. Entré y te hallé haciendo de caballero andante. Eso es todo, Mark. Como ves, muy sencillo de explicar. Tu relato será más complicado, ¿no?

—No mucho más. Quise comprobar algo, antes de estar seguro y hablarte de ello.

—Mientes —me cortó fríamente él.

—Bueno, miento —admití—. Pero suena bien, ¿no?

Se alejó el coche, con Boy McCallum entre dos policías. Yo miré al vehículo que se perdía en una esquina. La voz de Siodmak no sonó nada divertida ahora:

—Irás a hacerle compañía, por ocultar pruebas, si no hablas enseguida.

—No oculto nada. Ella podía ser una cliente. Estaba en mi derecho al...

—¿Ella? ¿Quién? ¿La dama decapitada?

—No puedo saberlo. No estoy seguro, Scott. Yo sólo sé que tenía

una cliente llamada Elaine Welsh, que ocupaba una oficina, la 28 B, en ese edificio. Y que tenía el teléfono Plaza 2-1266. Al ver la llave, leí las cifras veintiocho B. Intenté confirmar si eso coincidía.

—Oh, patética ingenuidad. —Me fulminó con la mirada—. Mark Finlay, suelta todo. De una vez. De modo que ella era, realmente, Elaine Welsh. Y tú la conocías.

—Jamás la vi antes de la Morgue, Scott. Te mostraré una carta, un telegrama. Es todo cuanto poseo.

—Ya. Y supiste enseguida que la mujer sin identificar del río era ella.

—No, eso no. Fue...

—¿Qué fue? —Me apremió rápidamente el teniente.

—No, nada —suspiré—. No ibas a creerlo, de todos modos. ¿Cómo diste con ese edificio?

—No era difícil. En cuanto pudimos leer las cifras de la llave, así como la marca de fabricación, comunicamos con la empresa que las confecciona en serie. Examinamos los edificios de apartamentos que ellos sirven.

Ellos aseguraban que estaba entre diez de ellos. Yo elegí tres. Éste era el segundo de mi revisión. Y acerté.

—Eres muy listo, Scott.

—Al diablo tú y tus adulaciones. Suelta cuánto sabes, Mark, por última vez.

—Palabra que no sé más —murmuré—. Estuve ahí para ver sí... si fue muerta en esa oficina, Scott.

—Bien sabes que fue muerta ahí. Las huellas de sangre lo señalan.

—Acabo de verlo ahora —afirmé—. Debió ser horrible, Scott.

—¿Y qué opinas del sádico de ese restaurante? ¿Pudo ser él?

—Claro que pudo serlo. La chica, esa camarera, es provocativa, de acuerdo. Y procura provocar cuanto puede. Pero de eso a atacarla salvajemente, e intentar acuchillarla al resistirse...

—La chica, esa camarera llamada Leslie Reeves, afirma que empuñó el arma para agredirla, al resistirse a sus ataques. Pero McCallum afirma que ella misma se rasgó las ropas y chilló, que él estaba cortando carne y...

—Bueno, cualquier versión puede ser buena, Scott. Faltará saber si McCallum conocía a Elaine Welsh, si le servía cenas o algo

parecido.

Ceñudo, Scott Siodmak miró de soslayo a la camarera, Leslie Reeves estaba haciéndose ahora una fotografía en la puerta del negocio, subida en un taburete, y con su falda por encima de los muslos. Sacudió la cabeza el policía, malhumorado. Yo sonreí, estudiando a la muchacha.

—¿Insistes en tu historia, Mark? —me pregunto él, sin mirarme.

—Sí —afirmé—. Te voy a entregar esa carta y ese telegrama. Si no te importa, como habrás de cerrar ahora el restaurante por causas de fuerza mayor, acompañaré a la chica. Es posible que ella sepa dónde puedo cenar bien y a buen precio.

—Tú y tus faldas —refunfuñó Scott, reprendiéndome con la mirada. Luego, súbitamente, arrugó el ceño, receloso—. ¿O estás intentando sonsacar a la muchacha?

La separé de mí a duras penas.

Tenía sus labios húmedos y golosos. Me contemplaba muy de cerca, entornados los párpados, con una mirada turbia, insinuante. Ni se le había ocurrido reparar los desgarros de sus ropas. Total, ¿para qué?

—Mark, me gustas —susurró, melosa, acariciando con sus uñas mi cuello y mi rostro—. Tú sí eres un chico que sabe tratar a una chica, no ese cerdo de McCallum.

—Oh, sí, McCallum —dije al azar, intentando separarme más de ella—. Hablemos de él, ¿te parece? ¿Qué clase de jefe es? ¿Llevas mucho tiempo con él?

—Es odioso. Te desnuda con los ojos. —Su cuerpo se estremeció—. Llevo un par de semanas a su servicio, y ya intentó cinco o seis veces... Oh, pero ¿por qué de él? Hablemos de ti, de mí. O mejor no hablemos, Mark, amor.

Me amordazó con su boca carnosa. Era un modo de impedir que siguiera preguntando. Un modo eficaz, sin duda. Leslie era una chica de recursos. Y nada lenta en utilizarlos.

Su cuerpo se apretaba contra mí. La endiablada forma que tenía de hacerlo, impedía que uno pudiera desprenderse de ella con facilidad.

Había que ceder en algunas cosas, para obtener algo de ella. Y era evidente que con una chica como Leslie, sólo existía un modo de hacer concesiones, por mucho que hablara ella de la morbosidad de

su jefe.

Por eso cedí. No era ningún sacrificio. Pero aunque lo hubiera sido, hubiese hecho lo mismo. Claro que eso no lo entendería el teniente Siodmak, pero nunca esperé que él entendiera mi modo de ser y de actuar.

—Roy McCallum servía comidas y cenas, frecuentemente, al edificio de oficinas y apartamentos —afirmó Leslie, alisando sus cabellos ante el espejo, mientras fumaba el cigarrillo con lentitud. Me guiñó un ojo—. Dicen que tenía algunos líos allí. Ya sabes; damas de buena posición que buscan esas cosas. Pero él siempre demostró ser lo que es; un obseso sexual, un maníaco violento. En cuanto una no le hacía caso...

—¿Tuvo otras camareras antes que tú? —indagué.

—Supongo que sí. Hace un turno de mediodía y otro durante toda la noche. Cierra por la tarde, y después de los desayunos. Un tipo raro McCallum. Le gusta la noche.

—Y la violencia —señalé—. Tenía un cuchillo en sus manos.

—Estaba excitado. Tiene días así. Yo me resistí a que sus repugnantes manos me tocasen y...

—Leslie, tú estabas a su servicio hace seis fechas. ¿Recuerdas si esa noche sirvió alguna cena en las oficinas, a una mujer, en particular? Apartamento 28 B.

—Veintiocho B —repitió ella, frunciendo el ceño. De repente, se dio una palmada en la frente y se volvió a mí, con ojos brillantes. Aún no se había arreglado la dichosa blusa, y evité mirarla. Eran sus informes los que me importaban ahora—. ¡Eh, sí! Dos noches seguidas sirvió a esa oficina la cena. Dijo que era alguien que trabajaba toda la noche. No mencionó si era una mujer, eso no. Pero fue... Espera, Mark. Haré memoria. Sí; dos veces. Hace justamente siete o seis días, Mark.

—¿Y luego ningún día más?

—Que yo sepa, no. Y tomaba sus notas en un cuaderno. —Hizo un gesto triunfal—. Esos cuadernos, con el duplicado, se guardan en su despacho del restaurante. Puede ser comprobado, Mark. Pero seguro que no volvió a servir al 28 B después de esa noche.

—¿Podrías jurar eso ante un jurado y un juez, Leslie?

—¿Será necesario, Mark? —Se inquietó ella.

—No lo sé. Pudiera serlo. Mi amigo es policía, y querrá comprobarlo todo, sin lugar a dudas. Es un caso de asesinato. Mataron a la mujer del 28 B.

—Dios mío. —Mostró un gesto de profundo horror—. Yo también pude haber sido muerta en aquella cocina, de no mediar tú, cariño, mi héroe salvador.

E inevitablemente, cayó sobre mí de nuevo. Inevitablemente, no me pude defender. Nadie hubiera podido hacerlo, de una mujer como Leslie.

—Elaine Welsh no existe.

—¿Qué? —Me quedé mirando a Kim, aturdido.

—Lo que oyes, Mark; Elaine Welsh es una utopía. O un nombre falso.

—Un nombre falso. —Mordí el labio inferior. Afirmé—: Sí, eso es mucho más posible. ¿Cómo lo supiste, Kim?

Ella sonrió, golpeándose el mentón con su lápiz metálico. Dio un suave golpe con su mano sobre los papeles y galeradas dispersos sobre su mesa de trabajo, en la oficina de redacción del *News*.

—Un periodista debe investigar también a su modo —dijo, maliciosa—. Hablé con el teniente Siodmak. Me contó todo. Incluso lo tuyo. Te felicito. Además de un buen detective privado, resultas ser un auténtico caballero del rey Arturo. Saliste muy fuerte de la clínica del doctor Kendall, sobre todo para defender a damas desvalidas.

Torcí el gesto. Su ironía era evidente. Así era Kim. Casi me arrepentí de haber ido a verla a la redacción de su diario. Pero encajé bien el golpe.

—Aquella pobre chica estaba siendo agredida por un enfermo sexual —dije, evasivo.

—Oh, sí, la pobre chica —repitió, sarcástica. Me tiró unas brillantes cartulinas, reproduciendo fotografías nada patéticas de Leslie Reeves, casi siempre en posturas procaces, dando fe de la exuberancia de sus formas, a la puerta del restaurante nocturno de McCallum.

La miré, algo avergonzado. Luego, reí entre dientes, alzando mis brazos.

—*Touché* —dije—. Directa estocada al corazón, Kim. Pero ¿qué podía hacer yo?

—Claro. —Sus ojos rebosaban ironía—. Dejemos eso, héroe. ¿Qué opinas sobre lo de la fantasmal Elaine Welsh?

—No sé qué pensar. Me has sorprendido. ¿Qué opina Siodmak?

—Está furioso. Creía tener un rastro, y ha volado. Tampoco le dio resultado buscar a una mujer desaparecida, en oficinas policiales, hospitales y todo eso. No aparece nadie que responda a las características de esa dama decapitada.

—Desaparecidos. —Una chispa de luz saltó en mi mente. De súbito, me incliné sobre Kim, apoyando mis manos en la mesa—. Una cosa, Kim.

—¿Sí, Mark? —se sorprendió ella.

—Ayúdame en algo. A ser posible, sin saberlo Siodmak. A cambio, te prometo las primicias de un posible artículo sensacionalista.

—Trato hecho —Kim me alentó—. Adelante. ¿Qué quieres de mí?

—Necesito que indagues en posibles desaparecidos últimamente. Un hombre.

—¿Un hombre? —Pestañeó ella.

—Sí. Alto, atlético, muy atractivo. Deportivo, rubio, ojos claros. Unos veintiocho o treinta años. Posiblemente, con un jersey amarillo de una marca deportiva.

—¿Qué significa eso, Mark?

—Te lo diré si das con alguien así, últimamente desaparecido. ¿Puedo contar contigo?

—Dalo por hecho —sonrió, descolgando el teléfono. Marcó un número—. Ya está en marcha. Espera un poco. Quizá esta misma noche sepamos algo.

Ella tuvo razón. Esa misma madrugada supimos algo.

Kim Farrow me contempló, con el papel escrito agitándolo en su mano.

—Gene Foreman —dijo.

—¿Gene Foreman? —repetí, sin entonación.

—Eso es. Gene Foreman. Veintinueve años. Su esposa denuncia su desaparición.

—Ya. ¿Puede ser él?

—Estoy segura de que es él. También su cuñado firma la denuncia. Pero no está seguro de que sea una desaparición

alarmante. Su mujer, en cambio, sí.

—Sigo preguntando: ¿por qué estás segura de que es él?

—Escucha su descripción: seis pies y tres pulgadas. Atleta. Toma baños de rayos ultravioleta. Rubio. Ojos azules. Muy bien parecido. Guapo, como dicen su mujer y su cuñado. Y otras muchas mujeres, por lo visto.

—¿Qué mujeres?

—Según su cuñado, damas de alta posición social o económica.

—Me guiñó Kim un ojo—. Ya me entiendes.

—¿*Playboy*?

—Algo así. Siempre por dinero o por encumbrarse. La eterna historia. Tiene éxito entre ellas. Su mujer dice que sólo lo hace por tener clientela para su negocio.

—¿Negocio? —Arrugué el ceño—. ¿Qué negocio?

—Un gimnasio para hombres —Kim rió entre dientes de un modo peculiar—. Bueno, hombres, lo que se dice hombres... Ya sabes. Músculos, grasa, exhibicionismo y todo eso. Hay cientos de magazines con esos tipos. Pero dan beneficios a un gimnasio. Tiene sauna, además. Y una sección para mujeres. Masaje, adelgazamiento, terapia corporal. Otro bonito cuento. Gene Foreman da la cara en todo eso. Tiene planta para ello. Pero el negocio es a medias; él y su cuñado, Mervyn Dillon.

—Un sujeto recomendable. —Gruñí—. ¿Para qué denuncia su desaparición? Cuando uno de éstos se pierde, es un bien para la humanidad. ¿Qué más, Kim?

—Un detalle revelador. Ése lo obtuve directamente de un buen amigo, experto en gimnasios y todo eso; venden camisetas amarillas, con el nombre Foreman, encima de una especie de Supermán todo músculos. Es el distintivo de la casa.

Traté de recordar. Foreman. Acaso fuera el nombre impreso en la camiseta amarilla, no podría jurarlo. De cualquier modo, eran ya demasiadas coincidencias. Sentí miedo. No por Gene Foreman, sino por mí.

—Me gustaría ver ese gimnasio —dije.

Kim consultó el reloj de pulsera. Sacudió su bonita cabeza pelirroja.

—Demasiado tarde —comentó—. O demasiado pronto, según se mire. Son las seis en punto. A las siete y media abandono la

redacción. A las ocho abren el gimnasio. Si te esperas, voy contigo.

—Bueno. —Bostecé—. Tengo un sueño infernal, Kim.

—Duerme en ese sofá —me señaló uno—. O toma un café fuerte. Son dos remedios a elegir.

—Me inclino por el café —dije, pensativo—. Si me duermo, a las ocho no hay quien me despierte.

CAPÍTULO VI

Daban las ocho en punto en algún reloj cercano, cuando el hombre de nariz aplastada y orejas de coliflor nos abrió la puerta del gimnasio. Tenía todo el aspecto de un viejo boxeador sonado, y no había duda de que lo era.

—Madrugan mucho —rezongó, de mala gana.

—Más bien trasnochamos demasiado —rió Kim, dándole un billete de cinco dólares, muy bien dobladito, que la manaza poderosa del expúgil, ocultó con mágica habilidad.

Entramos, pero él puso su otra mano en mi pecho. Y aunque era viejo y estaba sonado, supe que era como hallarse frente a Sonny Listón o Joe Frazier. Da un sopapo, me haría pedazos, si me ponía tonto.

—Eh, esperen —avisó—. Su propina, señorita, no va a cerrarme los ojos. Hay dos pasillos enfrente. Uno para mujeres. Otro para hombres. Esto no es una casa de mala nota.

—Descuide —dije, con toda mi energía posible—. No venimos a nada de eso. Ni siquiera a utilizar el gimnasio. Buscamos a Mervyn Dillon.

—Él nunca está aquí a estas horas —protestó el viejo boxeador—. Hasta las diez no viene.

Miré a Kim, desolado. No me sentía capaz de soportar dos horas más con los ojos abiertos. Aun ahora, me parecía tenerlos llenos de arenilla. Picaban como demonios.

—Pero tienen suerte —dijo, de repente, con ancha sonrisa estúpida—. Hoy sí está. Y no sólo él, sino su hermana, la señora Foreman. Es por lo del patrón, ¿sabe?

—¿Qué le pasó al patrón? —me interesé vivamente.

—De momento, nada que se sepa. —Me estudió con ojillos porcinos, de nula inteligencia—. Pero no aparece por ninguna parte. Están preocupados. Muy preocupados. Vengan...

Nos precedió, gimnasio adelante. Pasillos, saunas, salas de gimnasia y ejercicios físicos, salas con pequeños *rings para entrenar, dependencias de punching y todo eso. Subimos luego una escalera estrecha, iluminada por una bombilla. Olía a humedad allí dentro.*

Arriba, nos esperaba una puerta; leí su rótulo:

«DIRECCIÓN. NO ENTRAR»

—Si son amigos, les recibirán —dijo, paciente, el expúgil—. Si no, se volverán por dónde han venido.

—Es un consuelo —refunfuñé, mirando a Kim.

—Déjame a mí —susurró ella—. La Prensa abre todas las puertas.

No sé si eso será cierto, pero nos abrió aquella puerta. Apenas el viejo boxeador «sonado» llamó, nos permitieron entrar. Apenas vernos, la pareja del interior se dispuso a enviarnos muy lejos, sin ningún rodeo. El carnet profesional de Kim hizo el milagro.

—Somos del *News* —dijo rápida—. Mi colega Finlay y yo, venimos para ayudarles a localizar a Gene Foreman.

—¿De veras? —se sorprendió el hombre—. Yo no informé a la Prensa.

—Pero la Prensa lo averigua todo —sonrió Kim con cinismo—. Lamento importunarle, señor Dillon. Y especialmente a usted, señora Foreman. Sin embargo, nuestro director pensó que una discreta publicidad sobre el asunto, ayudará a localizar a su esposo en breve plazo.

—¿Está segura de eso, señorita? —dudó él—. Mi hermana Mac y yo no quisiéramos...

—¿Sensacionalismo? En absoluto. No hay motivo para ello. —Rechazó Kim—. Sólo pretendemos serles útiles. Una vez, Gene Foreman hizo un favor al *News*.

—¿De veras? —se asombró Mervyn Dillon, el cuñado del desaparecido, con desconcierto.

—Y tan de veras. —Era escalofriante el modo que Kim tenía de mentir. Yo la miraba, sin comprender cómo podía afrontar una situación tan audazmente—. Nunca lo olvidamos. Ahora, el *News* pretende ayudarles a ustedes. Y a él.

—No sabe cómo se lo agradezco —gimió Mac—. No estamos tranquilos. Ni siquiera hemos dormido esta noche. Tememos lo

peor. Después de todo, esos cerdos matones de Robson.

—¡Calla, Mac! —cortó abruptamente Dillon—. Estás hablando demasiado.

—¿Por qué hemos de ocultar todo eso? —Se enfureció ahora Mac Foreman con energía—. Si a Gene le han hecho algo malo, sólo pudieron ser Nick Robson y su pandilla de pistoleros. Siempre le dije que no se mezclara en asuntos turbios con ellos, y no me hizo caso.

—Mac, por Dios, al *News* y a estos señores, no les interesa en absoluto.

—¿Cómo no? —atajó vivamente Kim al cuñado de Foreman—. Claro que interesa todo. Ya le dije que no publicaremos nada de nada. Pero todo lo que pueda conducir a su hallazgo rápido, será una ayuda inapreciable, quizá incluso para la vida de Gene Foreman.

—¿Lo ves, Mervyn? —Casi sollozó ella. Avanzó hacia Kim, esperanzada—. Mi hermano siempre dice que son las mujeres quienes pueden complicar la vida a Gene, pero yo sé que mi esposo las trata como parte integrante de su negocio, y nada más. Es ese Nick Robson el que puede hacerle daño en cualquier momento.

—Imagino que habla de Nick Robson, el *gánster*, ¿no es cierto? El *mafiosi*. —Era endiablada la habilidad de Kim para arrancarle la verdad a cualquiera—. Sabía algo de eso.

—Entonces, lo comprenderá mejor —se expresó ella con celeridad—. Nick Robson, Glenn Byers, su socio y amigo, Don Lamont, el ejecutor de la Maña... Todos ellos son mala gente. Gene dejó de tratar con ellos hace tiempo. No quiso saber nada del asunto de los estupefacientes en el gimnasio y...

—¡Mac, te estás yendo de la lengua, sin saber si ellos sirven a Robson o no! —aulló su hermano, exasperado.

—No se preocupe —corté yo, apaciblemente—. No somos sino lo que dijo Kim, mi compañera; nuestro interés es hallar a Foreman, y salvarle de cualquier posible riesgo.

—No hagan caso a mi hermano —musitó ella—. Yo soy quien debe velar por la seguridad de mi esposo. Vengan al despacho de Gene. Allí hablaremos con más tranquilidad.

Pese a los esfuerzos de Dillon, Mac Foreman nos hizo entrar en un despacho situado al fondo. Dio las luces al entrar. Yo me quedé

petrificado.

Luces azules. Moqueta azul.

Frente a nosotros, una ventana abierta a la mañana nubosa. Una torre con un reloj que aún tenía luz artificial, aunque era pleno día. Miré, como fascinado, a la moqueta. Vi la mesita de centro. La marcha marrón claro, en medio de la moqueta. Me incliné, ante el asombro de la señora Foreman y de Kim. Olfateé la mancha.

Bourbon de Kentucky. Muy seco ya. Pero el aroma era inconfundible para un buen catador como yo.

—Mark, ¿qué haces? —me reprendió Kim.

—Es aquí —dije—. Aquí asesinaron a Gene Foreman.

—Nunca debí dejarles entrar aquí. Ni a usted ni a ella. ¡Vamos, márchense, enseguida!

La voz era malhumorada. Los ojos centelleantes no revelaban la menor simpatía ni cordialidad hacia mí. Se ocupó unos momentos de la señora Foreman, inconsciente aún en el sofá, tras su brusco desvanecimiento.

—Lo siento —dije, algo torpe. Y miré a Kim, que me fulminaba con su mirada.

—Oh, Mark, ¿cómo se te ocurrió semejante cosa? —la oí mascullar—. Todo se echó a perder en un momento.

—Pero, Kim, ¡dije la verdad! —musité, angustiado—. Aquí le asesinaron. ¡Yo lo vi!

—Eso es ridículo, Mark. Es imposible. ¿Estuviste aquí *antes* de ahora?

—No —admití—. Jamás, Kim.

—Oh, Dios mío, ¿entonces...? —Ella me miró, atónita—. ¿Qué loca idea es ésta?

—Ya me oyeron los dos. —Se revolvió Mervyn Dillon como una fiera—. ¡Fuera, enseguida! O avisaré a la policía.

—Fueron cuatro disparos. —Insistí. Cuatro disparos con un «Smith & Wesson» calibre 32, provisto de silenciador. A Gene Foreman le gustaba el *bourbon*. *Iba a tomarlo, cuando... el asesino entró, disparando sobre él.*

—Es lo más absurdo que oí jamás —Kim me miró, alarmada—. Mark, tu cabeza.

—¡Al diablo mi cabeza! —Me enfurecí—. ¡No estoy loco! ¡Yo sabía de antemano que Gene Foreman murió, lo mismo que sabía

que murió una mujer decapitada con un samurái, Kim!

—Un samurái... —Ella me miró, estupefacta, sin dar crédito a sus oídos—. Mark...

—Por última vez —insistió Dillon, agresivo—. ¿Salen o uso el teléfono?

Yo estaba mirando a la torre del reloj, situada tras un edificio más bajo, con azotea. Esa azotea se hallaba justo frente a la ventana que yo viera en mi sueño, alucinación, premonición o lo que diablos fuese aquello. Me volví, exasperado, mirando en torno. Además de la puerta de entrada al despacho, por dónde nosotros fuimos introducidos allí, había otra más, al lado opuesto, acolchada. Crucé rápido hacia ella, no sé por qué. La abrí antes de que Dillon lo pudiese impedir. La crucé, vertiginoso. Me encontré en un pequeño gimnasio privado, con suelo acolchado, pesas, báscula, barra fija, potro y cuánto precisaría un hombre para mantenerse en forma.

—¡Fuera de aquí! —Rugió Mervyn Dillon—. ¡Es el gimnasio privado de Gene...!

Lo imaginaba. Vi al fondo el armario metálico, de tres puertas, vertical. Corrí hacia él. Lo forcé, sin poder abrir sus tres hojas de metal gris. Lo intenté forzar, sin resultado. El mueble metálico no cedió. Dillon parecía exasperado, Kim, aturrida.

—Es más de lo que puedo tolerar —jadeó Dillon, dando media vuelta—. Llamaré a la policía. Les arrestará a los dos por allanamiento y violencia.

Volvió al despacho. Le oí descolgar el teléfono. Yo, frenético, busqué mis ganzúas, actué sobre aquellas cerraduras. Kim estaba ya a mi lado. Defraudada e inquieta.

—Mark, no sé lo que te ocurre —musitó—. Pero ni tu amistad con el teniente va a librarnos de un buen lío.

No le hice caso. Encontré la llave adecuada. Giré la misma en una cerradura. Se abrió. Nada. Sólo un compartimento vacío, ropas de deporte. Otra puerta. Una bolsa deportiva, linimentos, zapatillas de fieltro, guantes de boxeo, gafas para recibir sesiones de infrarrojos.

—Mark, vamos ya —Kim me tomó por un brazo, apremiante. En su despacho, Dillon hablaba telefónicamente con alguien; su voz sonaba excitada—. Esto es una locura.

Yo sabía también que era una locura. Pero la terminé. Giré por

tercera vez la llave, abrí la tercera puerta del armario metálico del gimnasio privado de Gene Foreman.

Kim exhaló un grito agudo de horror. Yo retrocedí dos pasos.

La bolsa grande de plástico, herméticamente ajustada, se venció, cayendo afuera, con su macabro contenido; el cadáver de un hombre joven, rubio, bronceado de ojos azules, enormemente abiertos.

Sobre su amarilla camiseta con la marca «Foreman», aparecían hasta cuatro boquetes oscuros. Cuatro orificios de bala.

CAPÍTULO VII

—¿Qué te ocurre, Kim?

—Nada —musitó. Sacudió la cabeza—. No sé. No puedo entenderlo, Mark...

—Tampoco yo. Pero ocurrió. Tal como dije.

—¿Lees el porvenir acaso?

—No lo creo. Más bien me parece que veo lo que está sucediendo. Ocurrió ya dos veces.

—¿Clarividencia?

—Tal vez. —Me encogí de hombros, exasperado. Me toqué luego la cabeza—. Algo ha cambiado en mí. La operación, la lesión cerebral, lo que sea. Mi mente sabe cosas que no puede saber en modo alguno, eso es todo.

—Dios mío... —Kim rió histéricamente, cubriendo el rostro con sus manos—. ¡Cada vez que recuerdo a Mervyn Dillon, lívido y horrorizado, frente al cuerpo de su cuñado! Ni siquiera sabía qué hacer, qué decir... Te miraba como si fueses un espectro, Mark.

—Quizá lo soy. No es natural. No le sucede a nadie. —Oprimí mis sienes, al parar el coche en un cruce—. ¿Por qué tiene que sucederme a mí?

—No me lo preguntes. Pregúntatelo a ti mismo, Mark. Si es que tienes respuesta.

—No, no la tengo —suspiré. Contemplé a Kim a través del humo del cigarrillo que estaba fumando nerviosamente—. Tampoco tenía por qué saber *dónde* ocultaban el cuerpo. No vi eso en ningún momento. Es... es como si alguien me lo hubiera dicho, indicándome el camino... Kim, es horrible todo esto...

—Pero sumamente práctico. Has hallado el cuerpo de Gene Foreman. Sabes cómo murió. Sólo te falta saber quién lo mató.

—Me temo que eso no es tan fácil —resoplé—. No vi rostro alguno. Sólo una mano enguantada.

—Bueno, ya veremos lo que opina el teniente Siodmak de todo esto —gimió ella—. Me temo que no va a gustarle mucho la historia, a pesar de todo.

—Yo también lo temo —confesé—. Por eso quiero encontrar alguna base clínica o científica al asunto, Kim. Si quieres ir a dormir ya, te acompañaré a tu casa. Puedo tomar luego un taxi.

—No, no. Sigue conduciendo. —Me miró con sus hermosos ojos pardos, reflejando un fascinado interés—. Yo me temo que no sabría ahora ni llevar el volante. Me has dejado aniquilada, Mark. En cuanto a mi sueño... desapareció como por encanto.

—¿Qué te atrae de todo esto? ¿Mi persona, los crímenes, el fenómeno que estoy viviendo, o... un artículo sensacional para tu columna del *News*?

—Me temo que un poco de todo —rió Kim, cínicamente—. Adelante, Mark. ¿Adónde vamos ahora?

—A la Clínica Kendall. —Respondí—. A tratar de ver claro en este misterio de mi mente.

—Lo lamento de veras, Finlay. El doctor Kendall está de viaje con su esposa. No regresará hasta esta noche o mañana. ¿Puedo yo servirle en algo?

Le miré. Richard Wilcox era algo más joven que Kendall. Y menos famoso que él, aunque fuese un buen neurocirujano y ayudase a Norman Kendall en sus más delicadas intervenciones. Así había sido mi caso.

—Bueno, si el doctor Kendall no está, posiblemente usted pueda ayudarme entretanto —admití—. A fin de cuentas, es un problema mental.

—¿Mental? —Frunció el ceño, contemplándome asombrado—. Su estado físico y mental es excelente. Lo era al salir de aquí. No hay motivo para que se haya alterado, a menos que usted se haya sometido a una tensión y actividad excesivas.

—No, no se trata de eso —objeté—. Todo empezó a poco de salir de aquí. Y se ha repetido de un modo inquietante, doctor Wilcox.

—¿Repetido? ¿Qué clase de fenómeno, Finlay?

—No sabría describirlo —suspité—. Puede ser premonición, videncia... Algo extrasensorial, de todos modos.

—Extrasensorial —repitió la palabra con evidente escepticismo, sin dejar de contemplarme con profesional interés—. Explíquese.

Eso sucedería estando dormido.

—No. Despierto. Y bien despierto, doctor.

—¿Alucinaciones, acaso?

—Eso pensé yo. Hasta que...

—¿Qué, Finlay? Hable sin tapujos —me invitó Wilcox, entrelazando sus dedos sobre la mesa—. ¿Qué pasó realmente?

—Vi morir decapitada a una mujer —dije—. Y a un hombre también, pero a balazos. Detalles y situación se repitieron extrañamente, con increíble precisión. A juzgar por la hora en que ocurrieron ambos hechos, yo... vi esas escenas como si fuera testigo de ellas. A pesar de que estaba a considerable distancia de donde sucedieron. Y a pesar de que ni siquiera conocí a los personajes.

Wilcox se quedó de una pieza. Pestañeó, dudando de mi sinceridad y, acaso, de mi propio equilibrio mental. Por fortuna, Kim estaba allí, junto a mí.

—Es cierto, doctor —confirmó—. Lo ha probado. De un modo aplastante.

—Cielos... —Wilcox se frotó el mentón. Estaba algo pálido, respiraba con dificultad. Sus ojos brillaban—. ¿No le ocurrió nunca algo así anteriormente? Quiero decir antes de su accidente automovilístico, antes de ser intervenido quirúrgicamente.

—No —negué—. Nunca.

El silencio cayó pesadamente sobre nosotros. Wilcox me estudiaba con fijeza. Le vi oprimir un botón de su interfono. Se inclinó, hablando con frialdad:

—Diga a la enfermera Brent que venga —ordenó. Cerró el interruptor y me invitó, poniéndose en pie—. Venga, por favor. Voy a examinarle ahora mismo, Finlay.

El doctor Richard Wilcox suspiró, apagando las luces. Hundió las manos en los bolsillos de su bata blanca. Vino hacia mí, con calma. Yo abotoné mi camisa y tomé la americana, contemplando los electrodos recién separados de mi cráneo para el encefalograma.

—¿Algo en limpio? —indagué.

—Es pronto para pronunciarse, Finlay —replicó, pensativo. Sacudió la cabeza, y consultó una larga serie de notas, tomadas durante las pruebas efectuadas—. De cualquier modo, su estado mental es perfecto. Ninguna anormalidad sería, nada alarmante. Su estado psíquico es correcto, el físico igual. No lo entiendo.

Sinceramente, no lo entiendo.

—Dígaselo eso al teniente Siodmak cuando le pregunte —mascullé—. No se va a creer una sola palabra. Él no cree en brujas.

—Yo tampoco. Usted parece que vio algo que no podía ver, en buena lógica, eso es evidente. Los hechos se han confirmado. Es un fenómeno de tipo parapsicológico. Los yogas se desdoblan a veces, estando en dos sitios a la vez, y presenciando cosas muy alejadas de dónde está su ser físico y tangible, pero... usted no practica el yoga.

—No, en absoluto. —Sonreí, aunque malditas las ganas que tenía de hacerlo.

—Lo siento mucho, pero no puedo sacarle de dudas, Finlay. Me faltan elementos de juicio y, posiblemente, capacidad para ir más allá de lo puramente natural. Usted ha sufrido en nuestra clínica un tratamiento normal, casi rutinario: intervención quirúrgica en su cerebro, extracción de partículas de hueso, sustitución del hueso craneano roto por una placa de plata, ondas eléctricas para reactivar sus impulsos neurológicos, una prolongada convalecencia con adecuada medicación. En suma, no puede ocurrirle nada fuera de lo común.

—Pero me ocurre —dije, con fría sencillez.

—Sí, y eso es lo extraño, lo incomprensible. Algo ocurre en su mente, y no sé lo que es. Resultaría fácil imaginarle a usted culpable.

—¿Qué? —aullé, pegando un salto.

—Digamos culpable de esos asesinatos —sonrió Wilcox—. Y por un fenómeno psíquico, lo que cometió inconscientemente, en un desdoblamiento de personalidad causado por alguna hipotética lesión cerebral oculta, luego *lo recordó usted conscientemente*. Eso lo explicaría todo.

—Pues expóngale esa hermosa teoría a Siodmak, teniente de Homicidios, y me veo en

Sing-Sing,

sentándome en la silla eléctrica —gemí.

—No se alarme —Wilcox me tranquilizó con una amistosa palmada—. Exponía solamente una simple teoría.

—Una teoría nada grata, por cierto.

—Eso explicaría en parte el fenómeno, pero si usted no conocía a esa gente, si usted no tenía motivo alguno, ni consciente ni

inconsciente para causarles daño... entonces la explicación posible es mucho más compleja y difícil de hallar.

—¿Y cómo puedo obtenerla?

—Quizá cuando vuelva el doctor Kendall de su viaje —sonrió Wilcox—. Estoy seguro de que él sabrá ver mejor en su cuestión. Es un experto en problemas mentales de todo tipo. Y es su cirujano. Él encontrará el eslabón perdido, que yo no acierto a hallar.

Kim me esperaba en la antesala. Cuando cruzó su mirada con la mía, captó sin duda en ella mi decepción. Sacudí la cabeza, desalentado.

—Nada —dije—. El misterio persiste, Kim.

—Mark, si pudiera ayudarte —musitó ella, preocupada.

—Parece que nadie, salvo el propio doctor Kendall, puede hacerlo —me quejé—. Es muy complejo el problema.

—Pero urge saber la verdad, Mark... La policía va a poner en duda esa historia de tus posibles alucinaciones.

—Por supuesto que lo hará —afirmé, sombrío—. Pero no hay otro remedio. Daré esquinazo a la policía durante todo el día de hoy, e incluso de mañana, si es preciso, esperando a que el doctor Kendall regrese de su viaje y...

—¿Quién quiere ver al doctor Kendall?

Fue una grata sorpresa. Nos volvimos todos. Wilcox pareció el más sorprendido al ver aparecer a su jefe y maestro, con un liviano maletín color tabaco, y un sobretodo oscuro.

—¡Doctor! —exclamó Richard Wilcox—. No le esperaba hasta esta noche o mañana.

—Tengo un telegrama urgente de Williard Aspern —respondió el neurocirujano, golpeando el bolsillo de su americana. Sonrió, con sus inteligentes ojos brillando tras las gafas de montura de oro—. El viejo millonario exige mi presencia aquí. Me telegrafió a Nassau, y tuve que regresar inmediatamente. Parece que vuelve a tener problemas con su cabeza.

—Oh, cierto. El propio Aspern telefoneó anteayer aquí, y le informé de su ausencia.

—Pues no me dejó terminar mis breves vacaciones —suspiró Kendall. Me miró, risueño—. Cuando menos, mi esposa puede prolongarlas una semana más. La pobre Claire llevaba todo un año suspirando por ese viaje a Nassau. Mi querido Finlay, mi profesión

tiene esos inconvenientes y... Pero, diablo, ahora que lo pienso, ¿qué le ocurre a usted, Finlay, para estar aquí de nuevo? Apenas hace una semana que le di de alta.

—Nueve días —suspiré. Le miré, esperanzado—. El doctor Wilcox me ha examinado ya, y no se decide a pronunciar un diagnóstico definitivo sobre mi caso.

—¿Su caso? —refunfuñó el eminente cirujano—. ¿Cuál es su caso? Usted salió de aquí absolutamente sano, o yo no conozco mi trabajo.

—Y parece que sigo sano, pero...

—Pero ¿qué?

Se lo expliqué en pocas palabras. Nunca le había visto tan asombrado. A medida que hablaba, su estupor iba en aumento. Incrédulamente, sus ojos chispeantes y agudos me estudiaban, perplejos.

Tomó luego las anotaciones de Wilcox, sin hacer comentarios. Las examinó. Vino hacia mí. Sus dedos, enérgicos y expertos, tocaron mi frente, mis sienes, mi nuca, la placa de plata, los puntos vitales. Estudió mis ojos. Arrugó el ceño. Parecía por completo desorientado, flotando en un mar de dudas. Incluso estaba agitado, lleno de preocupación por mi caso.

—Me asusta usted, doctor —comenté, ante su reiterado silencio.

Él suspiró. Se echó atrás. Me miró. Le vi sonreír débilmente. Sacudió luego la cabeza en sentido negativo.

—No tiene de qué preocuparse —dijo—. Es un caso fantástico, pero clínicamente posible.

—¿Qué quiere decir? —Me inquieté.

—Algo muy simple, mi querido Finlay. Se puede expresar con una sola palabra.

—¿Cuál? —Mi aprensión era evidente.

—Telepatía.

CAPÍTULO VIII

—¡Telepatía!

—Eso es comunicación de mente a mente. A distancia.

—Pero... pero eso es imposible.

—La telepatía no es ningún imposible —manifestó, risueño, el doctor Kendall—. Es un hecho probado, casi vulgar hoy en día.

—No niego la telepatía. Hablo de... de mí en particular. Nunca fui un telépata. Ni transmití ni recibí pensamientos.

—Pues algo alteró su habitual función cerebral. Ahora sí recibe pensamientos ajenos. Otra mente se los transmite, en cuanto esa persona piensa con demasiada intensidad, o acaso en un particular estado de excitación.

—Sí, pero ¿quién? ¿La mujer decapitada, el joven Foreman...?

—No —negó, calmado, el neurocirujano—. Ellos, precisamente, no.

—Entonces...

—Entonces... el asesino.

La sangre se heló en mis venas. Sutilmente, mis cabellos en la nuca se erizaron. Era demasiado terrible.

—El asesino... —musité—. Oh, no...

—¿Por qué no? —sonrió—. Es un ser humano como otro cualquiera. Un desalmado, pero un ser igual a usted, a mí, a Wilcox, a cualquier otro. Su mente, por un fenómeno psíquico que no entiendo bien aún, ha establecido contacto con la suya, Finlay. Y cuando comete un crimen usted recibe las imágenes de cuánto está sucediendo, transmitidas desde la mente asesina. Quizá eso explique que no vea usted el rostro del culpable nunca. Uno, amigo mío, nunca se ve a sí mismo. Ve su mano, su brazo, el arma que esgrime... y nada más.

Era de una lógica aplastante. Me quedé de una pieza. Kim y yo nos miramos, en medio de un mudo estupor.

—Creo que el doctor Kendall acertó —dijo Kim, perpleja—. Telepatía... Mark, tú eres un perfecto receptor para alguien que ni siquiera sabe que transmite sus pensamientos a distancia, a otra persona.

—¿Podría ser... una persona conocida mía? —indagué.

—Pudiera serlo. —El doctor Kendall se encogió de hombros—. Pero no necesariamente. Pueden ser dos perfectos desconocidos, Finlay. El fenómeno se produciría igual, si hay un factor de afinidad en sus mentes, sea cual sea.

—Cielos... —murmuré, absorto.

Sonó el teléfono. Wilcox lo atendió, volviéndose luego al doctor Kendall.

—Sí, Claire, espere un momento, por favor —dijo junto al teléfono—. Para usted, doctor. Su esposa. Conferencia desde Nassau.

—Gracias, Richard —Kendall fue al teléfono, y se puso a hablar con su mujer. Kim y yo seguíamos mirándonos, en silencio. Anonadados, ésa era la verdad.

—¿Qué dirá Siodmak? —dudé.

—Tiene que admitirlo como verosímil. La telepatía no es magia ni brujería. Científicamente, es algo perfectamente probado, Mark.

—Desde luego. —Admitid Wilcox, acercándose a nosotros—. En cualquier circunstancia, si tiene problemas con la policía, el doctor Kendall y yo le ayudaremos, con nuestro testimonio profesional. No pueden poner en duda la palabra de dos especialistas.

—Eso me tranquiliza, al menos de cara a la policía —murmuré—. Pero pensar que un asesino establece contacto mental conmigo... No es una idea nada tranquilizadora, doctor Wilcox.

—Le comprendo —sonrió, aunque su gesto era preocupado—. Mientras ese asesino no sepa que usted es su receptor de pensamientos...

Recordé el samurái. Y la pistola de calibre 32, con silenciador. Me estremecí. El hecho de que sólo conociera mentalmente los recovecos siniestros de aquel asesino, era casi alucinante. Por dos veces, le vi matar a alguien cuando yo estaba lejos del escenario del crimen.

¿Habría otras transmisiones de mente a mente?

Nos encaminamos a la salida, Kendall estaba muy distraído con

su charla conyugal a larga distancia. Nos agitó una mano en despedida cortés. Wilcox nos acompañó a la salida.

Cuando me vi en la calle con Kim, bajo la luz de la mañana, nubosa y otoñal, casi todo aquello me pareció mentira, como si lo hubiera soñado. Me toqué las sienes, aturdido, parándome en medio de la amplia acera, junto a los árboles de la senda de gravilla pálida. Enfrente, Central Park era una sinfonía de oro y ocre, bajo el palio nuboso de Manhattan. El aire olía a humedad.

—No escribas nada sobre eso —rogué—. No, aún, Kim.

—Claro que no, Mark. No es ninguna broma. Si el asesino sospecha algo, puede imaginar que también eres capaz de ver su rostro y...

—No temo por mi vida. Me vi en otras situaciones graves, antes de ésta. Lo que quiero es no ponerle sobre aviso. Tal vez haya suerte... y si repite su golpe, yo «vea» esta vez algo más. Quizá su cara...

—Mark, ten cuidado. Si es el mismo, ha matado ya dos veces. No vacilará en hacerlo de nuevo para cubrirse de riesgos.

—Claro que no. Tendré cuidado, no temas, Kim. Vamos, iré contigo a tu casa. Luego me iré yo a dormir, si ello es posible, y el teniente Siodmak no lo impide.

Lo impidió.

Cuando llegué a casa, estaba esperándome. Kim ya no venía conmigo. El teniente de Homicidios me dirigió una ojeada amenazadora.

—Mark, tenemos que hablar largo y tendido —dijo—. Parece que últimamente sabes demasiadas cosas sobre ciertos asesinatos. Cosas que nadie salvo el asesino conocería.

—Sube —suspiré, cansado, bostezando—. ¿De veras crees que soy el asesino?

—No quiero creer nada. Pero el fiscal del Distrito y el jefe de policía Lenno, están convencidos de ello... —me confesó bruscamente Siodmak.

—No esperarás que ellos se traguen esa historia.

—Es la verdad científica. El doctor Kendall y el doctor Wilcox están dispuestos a afirmarlo bajo juramento, Scott.

—Es lo más fantástico que oí jamás. ¡Telepatía! —repitió, sacudiendo la cabeza, con estupor.

—Parece que algo cambió aquí, al operarme. —Me toqué la cabeza—. Un fenómeno psíquico. Difícil de explicar, como todos. Pero plausible. Clínicamente posible.

—Mark, ¿por qué no me hablaste antes de todo eso? —se quejó Siodmak.

—¿Me hubieras creído?

—No, pero...

—Ya lo ves. —Sonreí—. Yo tampoco podía creerlo. Pensé en alucinaciones y cosas así, hasta que me vi en el despacho de Foreman, y recordé con claridad. No podía ser casual, tras de esa mujer decapitada.

—Cuya identidad sigue siendo un misterio. El nombre de Elaine Welsh es un cuento. No ha desaparecido ninguna Elaine Welsh. En cuanto a Foreman, pudieron matarle cualquiera de sus amores por celos, su esposa por lo mismo, su cuñado por problemas del negocio o de su vida íntima.

—¿Qué hay de McCallum, relacionado con la dama del despacho 28 B? —Recordé.

—Oh, ése... Pagó su fianza. Ha salido en libertad condicional. Sólo pudimos acusarle de agresión a mujeres, y posible testigo o sospechoso del crimen de la oficina. Es cierto que sirvió cenas a la dama del 28 B.

—¿La ha descrito?

—Sí, pero no sacamos nada en claro. Le recibió con sombrero. No sabe su color de cabello. Estaba un día de espaldas, otro a contraluz. No vio su rostro. Su figura, sí. Una real hembra. Algo opulenta, no mucho. Coincide con la dama decapitada.

—Puede estar mintiendo y ser él quien...

—Claro. Pero no hay evidencias. No podemos acusarle a la ligera, Mark. Volvió a su restaurante, y lo abrió de nuevo. Ah, por cierto... Entre su clientela se cuenta Robson.

—¿Nick Robson, el mañoso?

—El mismo. Sé lo que piensas: se relaciona también con Foreman. Parece que había líos entre ellos. Pero Robson y su inseparable Glenn Byars, frecuentan tantos locales de noche, que no resulta raro que comieran algo de madrugada en el de McCallum. Tampoco podemos meternos a fondo con ellos.

—Y el buen fiscal pensó cargar el mochuelo a un infeliz llamado

Mark Finlay, detective privado, que ya estuvo en evidencia una vez, aunque luego resultara ser su novia la culpable, ¿no es eso?

—Mark, de veras lo siento, pero tú mismo te complicas la vida, por querer hacer las cosas a tu modo. Debiste sincerarte, al menos conmigo. Juntos, y sobre todo si esa facultad tuya tan rara resulta cierta. Podemos dar con el culpable. Y resolver el caso. No trates de hacerlo tú todo, para cubrirte de gloria.

—Antes no estaba seguro de nada, Scott.

—Y ahora que lo estás, querrás ganarte un prestigio como detective privado, dar brillo a tu nombre y ganar clientes en abundancia. Pero esa ambición puede serte funesta.

—Lo sé —murmuré—. Trataré de cooperar contigo en todo, Scott. Pero soy yo quien tiene esas visiones, no tú. Si surge alguna otra.

—Avísame enseguida. No trates de actuar por tu cuenta. Es doblemente peligroso. En especial, si el asesino llega a saber que tú... que tú puedes captar sus actos violentos cuando los comete.

—Sí, ya había pensado en eso —suspiré—. Te avisaré en cuanto ocurra algo.

—Por tu bien, será mejor que lo hagas —refunfuñó Siodmak, no muy convencido, poniéndose en pie—. Hasta pronto, Mark. Te caes de sueño y de cansancio. Eso no es bueno, en tu estado actual. Ve a dormir. Te dejo. Ah, y asegura bien la puerta.

Sonreí, asintiendo. Estreché su mano. Scott Siodmak era un buen tipo, después de todo. Era un policía, pero ése era su único defecto.

Me quedé solo. Scott me dijo que iba a ausentarse unas horas de la ciudad para buscar posibles pistas de mujeres desaparecidas, fuera de Nueva York, aunque dentro del Estado. Aseguré la puerta con cadena y doble vuelta, tomé mi vieja y fiel automática «Beretta», y me acosté, con ella bajo la almohada.

No tardé ni un minuto en dormirme profundamente.

Sólo me despertó aquella maldita visión.

Y otra vez presencié un asesinato sangriento, cometido lejos de donde yo dormía.

La mano enguantada me era ya familiar.

No esgrimía un sable samurái. Ni una «Smith & Wesson» calibre 32, con silenciador. Era notable la imaginación del criminal para variar de arma homicida.

Ahora, sus dedos empuñaban con fuerza un arma más próxima a la primera que a la segunda.

Un hacha.

No era un hacha demasiado grande. No de esas de cortar leña, desde luego. Era limpia, bruñida, de mango blanco. Y muy afilada. La luz, lechosa, centelleó en su filo, agudísimo.

Me recordó una herramienta de carnicero, de cortar piezas de carne. Pulcra, limpia, aunque terriblemente mortífera en una mano fuerte y despiadada como aquélla.

Despierto, erguido, rígido en mi lecho, bañado en sudor, con los ojos dilatados por el mudo horror, me parecía presenciar la escena en mi propio dormitorio, allí ante mis ojos.

El hombre intentó chillar en vano. Era enjuto, huidizo, con rostro ratonil y ojos estrechos, negros y fríos. La nariz ganchuda, sobre la boca grande y muy abierta, en un gesto de terrible pavor.

No pudo chillar. Estaba amordazado. Tenía atadas sus manos a la espalda. Únicamente vi que movía sus pies, pateando rabioso, tirando puntapiés al frío asesino que se movía, inexorable, hacia él.

Detrás del hombre ratonil, el muro era blanco. Baldosines blancos, limpios, lustrosos... Algo chorreaba de una mesa cercana, sobre sus piernas. Espeso, rojo, repugnante. Acaso sangre, pero no vi de qué o de quién. Él no parecía herido.

No entonces, claro. Un momento después, sí lo estaba. El tajo inicial del hacha, enrojeció súbitamente ésta, y hendió media cara del hombre cautivo. Bajo la mordaza escapó un sordo, escalofriante gruñido. Los ojos parecían saltar de sus órbitas, entre el baño de sangre.

Tembló, con un jadeo, estiré mis manos, como si pudiera evitar algo o borrar la espantosa imagen. Nada de eso sucedió. En vez de ello, el hacha descargó otro golpe, ahora en el cuello, tras la oreja derecha del infeliz. Brotó un surtidor escarlata.

Hubo más golpes. Dos o tres, pero creo que eran inútiles. El hombre pateaba, en la agonía. El hacha, impoluta poco antes, ahora bañada de rojo, escapó de la mano enguantada, brincó en un suelo de linóleo gris claro, salpicándolo horriblemente.

Luego, la mano enguantada desapareció. La imagen se borró de mis ojos. O acaso tan sólo de los ojos de mi cerebro.

Caí atrás, respirando entrecortadamente, sudoroso, frío,

temblando de horror e impotencia.

—Dios mío... —musité—. No, no puede ser...

Esta vez, yo sabía que había presenciado el tercer crimen. Y que algunos hechos y circunstancias eran diferentes.

Por ejemplo, yo... yo conocía al hombre asesinado. No sabía de qué, pero le había visto antes. Y creía conocer el escenario del crimen.

Aquellas blancas baldosas, aquel suelo de linóleo gris, aquella hacha limpia, pequeña, de blanco mango. Aquella mesa también blanca, el charco rojo, como sangre o salsa de tomate, en el pulcro blanco de un lugar que podía ser una cocina o un...

¡Una cocina! ¡Salsa de tomate!

El impacto mental fue tremendo. Me incorporé de un salto. Estiré la mano al teléfono. Inútil. Me detuve. No podía llamar a Siodmak. Demasiado pronto. Sólo eran las ocho de la noche. A esa hora, él estaría fuera de Nueva York, buscando el rastro de una mujer desaparecida en alguna parte.

Salté del lecho. Me vestí, presuroso. Ya no sentía nada de sueño. Mi cuerpo vibraba de tensión, de nerviosismo. Tomé la «Beretta». Corrí a la salida. Abandoné el apartamento, y me lancé como un demente al exterior.

El tráfico era intenso. Lloviznaba. Era noche cerrada ya. Estábamos a mediados de setiembre. Corrí buscando un taxi. Me empapé, y no me preocupó. Cuando di con un vehículo libre, subí a él de un salto, y le grité al sorprendido taxista:

—¡Pronto, a la Calle Cuarenta y Cuatro Oeste! ¡A un restaurante nocturno llamado McCallum's!

El restaurante de Roy McCallum. Era allí.

La misma cocina donde salvé a Leslie de las iras eróticas del dueño del local. El mismo lugar, detalle a detalle. No podía haber error.

El restaurante estaba cerrado aún. Recordé; sólo tenía servicio de noche. Un rótulo indicaba:

«Abierto toda la noche. De 9 P. M., a
5 A.
M»

Pagué al taxista. Me quedé solo en la acera, bajo la lluvia, que había arreciado. Los coches circulaban deprisa en aquel punto. Había pocos peatones. Me incliné.

El cierre aparecía echado. Pero no ajustada su cerradura. Tiré arriba de él. Adentro, todo estaba en sombras. Empuñé mi «Beretta». Me aventuré, tanteando en busca de la luz.

Encontré un interruptor y di luz, bajando el cierre después. Se encendieron tres luces de la angosta y larga sala. El mostrador y las mesas vacías, la luz de la cocina apagada, tras las puertas batientes y la ventanilla de entrega de servicios.

Parecía estar yo solo. Pero no podía fiarme. Si el doctor Kendall estaba en lo cierto, y el fenómeno era telepatía, el crimen no había ocurrido más de veinticinco minutos antes.

El asesino podía estar aún allí.

Quitó el seguro a mi arma. Avancé, decidido. Rodeé el mostrador. Giré otro interruptor y di las luces del mostrador. Ni una sola faltaba en el local. Sólo la de la cocina.

Miré, aprensivo, hacia allá. Si todo era imaginación, estaría en un error, y no habría nada horrible en la cocina. Pero debía comprobarlo. Y lo comprobé.

Empujé los batientes. Había otro interruptor a un lado. Lo pulsé. Retiré mis dedos. Los miré. Manchados de rojo oscuro, pegajoso.

—Sangre... —musité. Sentí un escalofrío. No, no había error.

Claro que no lo haría. Allí estaba todo. Tal como lo «vi» a distancia. La mesa, un tarro de *cátsup* volcado. Un hacha ensangrentada, de mango blanco, casi a mis pies.

Y el tipo ratonil, encogido contra el muro, con el rostro y cuello hendido a hachazos. Desangrado. Una escena delirante, una horrenda sinfonía escarlata.

Caído en el suelo, allá al fondo, un hombre con impermeable oscuro y sombrero. Con las manos enguantadas de piel negra. Rápido, me aproximé. Le giré, manteniendo el arma ante él.

Era Roy McCallum, el dueño del negocio, el morboso perseguidor de jovencitas. Parecía inconsciente. Sus guantes tenían manchas de sangre. Eran iguales a los del asesino.

Estaba preguntándome qué significaba aquello, cuán, de la voz helada sonó en la puerta de la cocina:

—Tira tu juguete, pichón. O te vuelvo la cabeza en cien pedazos.

Alcé el rostro, aturdido. Solté la «Beretta» como si quemase. Cuando el gordo, fofo y risueño Nick Robson, señor del hampa, amenazaba así, apoyándose en una poderosa «Luger *Parabellum*», y a su lado estaba el pistolero profesional Don Lamont, con otra pistola «Colt» provista de tubo silenciador, valía más obedecer.

Ahora supe quién era el muerto y por qué me era conocido.

Supe que habían matado esta vez a Glenn Byers, socio y amigo del mañoso Robson...

—Supongo que ahora me contarás por qué hiciste esto, hermano —suspiró Robson, con su fría mirada de reptil fija en mí. Tan fija como su arma y la del esbirro Lamont—. ¿O prefieres irte al. —Otro mundo sin confesar?

CAPÍTULO IX

—Se equivoca, Robson. Yo no me metí en nada de esto. Acabo de llegar.

—Seguramente volviste por algo que se te olvidó antes, al enviar al infierno al pobre Glenn —dijo heladamente Nick Robson—. Es mejor que lo admitas. De cualquier modo, no vas a salvar tu cochino pellejo, sabueso.

—¿Me recuerda, eh, Robson? —mascullé.

—Claro. ¿Quién ha olvidado al inteligente y duro señor Finlay, detective privado? —se mofó Robson—. Muy duro. Pegaste una buena paliza a Byers hace un par de años, ¿recuerdas? Y nos metiste a nosotros en la jaula, aunque no tardamos en salir. Byers se vengó haciéndote unas caricias. Y tú le guardaste el rencor, ¿eh? Pero esto estuvo feo. Muy feo. No debiste machacarle así.

—Está loco si piensa eso, Robson. —Rechacé con agresividad. Señalé a McCallum, que seguía inerte—. No sé si ése lo hizo, pero estaba ahí cuando llegué. Y lleva los guantes manchados de sangre. El asesino llevaba guantes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó agudamente Robson, achicando sus pupilas.

—Porque yo... —Sacudí la cabeza, exasperado—. Oh, no, no lo entendería, Robson. Está más allá de sus alcances. Sólo puedo decirle que yo no lo hice. Vine aquí porque supe que algo iba a suceder. No podía imaginar que matarían a Byers. Antes fue una mujer desconocida, luego Foreman...

—¿Foreman? —Los ojos de Robson brillaron—. ¿Qué sabes tú de eso? ¿Fuiste tú el que liquidó también al cerdo de Foreman?

—La policía me dijo que posiblemente fue usted —acusé—. O Byers.

—Mentira —cortó heladamente Robson. Señaló a Byers—. Él vio morir a Foreman.

—¿Qué? —exclamé, dando un paso hacia él.

—No te muevas, pichón. —Silabeó Lamont con el tono de un empleado de funeraria—. O te volaré la cabeza antes de tiempo. Quietecito ahí, y seguirás respirando, aunque sea por poco tiempo.

—Ha dicho que Byers vio morir a Foreman —mascullé, mirando a Robson.

—Es la verdad. Tú debías saberlo y por eso...

—¡Yo no sabía nada! —protesté, furioso—. ¿Qué mil diablos significa eso? ¿Cómo pudo estar Byers en la oficina del gimnasio de Foreman, y escapar con vida del asesino?

—Es que no estaba dentro del gimnasio, sino fuera.

—¿Fuera? —dudé.

—Sí. En la azotea, enfrente... con prismáticos. Vigilando al cochino traidor de Foreman, que nos engañaba en las liquidaciones del asunto de las drogas.

—Ya entiendo. Bajo la torre del reloj.

—Eso es. Conoces bien el lugar, para no haber sido el que disparó sobre Foreman, ¿eh? —dijo, sarcástico, el *gánster*.

—¡Váyase al diablo, Robson! —Me enfurecí—. ¡Si Byers vio morir a Foreman, sabía quién lo hizo!

—Claro que lo sabía. Pudo identificarlo. A Byers nunca se le escapaba una cara.

—Entonces tuvo que decírselo a usted.

—No. A nadie —cortó Robson, glacial.

—A nadie... —Me sentí desalentado.

—Ése fue su error —suspiró el mañoso. Su rostro gordinflón reveló pesar—. Yo le insistí, pero él sostuvo que era asunto suyo, que de momento iba a jugar las cartas a su modo, que le dejase actuar, y luego me lo diría todo. Yo, estúpido de mí, no insistí. Y ahora... has terminado con él, sabueso.

McCallum gimió en el suelo de la cocina. Me volví a él. También Lamont y Robson le miraron, indiferentes. Le conocían bien. Recordé lo que dijera Siodmak, Los *gánsteres* eran clientes del local de McCallum.

—Si al menos él hubiera visto algo... —Sacudí la cabeza, pesaroso—. Pero o bien es el asesino en persona, o le han puesto de hombre de paja para desorientarnos.

Robson me miró, sin decir nada. McCallum se sentó, frotándose

la nuca. Se miró, asombrado, sus manos enguantadas. Pero el tipo podía ser simplemente un buen actor.

—¿Qué mil diablos...? —jadeó. Alzó el rostro, nos miró, estupefacto—. Usted... ¡Robson, Lamont! ¿Qué ha ocurrido?

Luego vio a Byers. O lo que quedaba de él. Palideció intensamente, y desorbitó sus ojos. Agitó las manos enguantadas, y vio la sangre en los dedos.

—¡Cielos! —chilló—. ¡Yo no hice nada, no sé qué pudo pasar aquí! Entré, me golpearon y...

—Podría ser cierto, McCallum —admití con frialdad—. O falso.

—Calla tú, palomo —cortó Robson, con tono helado—. McCallum, ¿viste a alguien?

—No, a nadie. Entré, sorprendido de ver el cierre sin ajustar, y... algo me cayó en la cabeza, antes incluso de dar la luz. No sé más.

—Eso tuvo que suceder hace poco tiempo.

—Muy poco —afirmé—. No hace más de treinta y cinco minutos que mataron a Byers aquí...

—Vaya, qué buen forense hubieras sido, sabueso —se mofó duramente Robson—. ¿Cómo supiste eso?

Me mordí el labio. Era inútil contarle la verdad a aquel bribón. Nunca lo entendería. Eso, suponiendo que no hubiera sido él mismo quien liquidó a Byers por algo entre ellos, y quisiera echarme a mí el muerto. Pero entonces, ¿por qué la mujer decapitada, por qué Foreman...?

—Si me deja con vida, puede que lo entienda alguna vez, Robson —le confié—. Si dispara, será un asesinato. Le freirán por ello.

—Basta de charla. No deben encontrarnos aquí. Si pasa el policía de servicio, verá luz, pensará que sucede algo raro. Lamont, cuida del sabueso. Yo vigilaré a McCallum. Nos vamos a otro sitio más seguro, donde discutir largo y tendido el asunto. Si intenta alguno de vosotros dos escapar es hombre muerto. Estáis avisados. En marcha.

Salimos hacia el exterior. Robson suspiró, dirigiendo una última mirada a la piltrafa humana que era su amigo Glenn Byers. Sacudió la cabeza, y salió en pos de McCallum. Yo seguí vigilado muy de cerca por Lamont, hacia la puerta del restaurante nocturno.

Afuera, un negro automóvil, pegado al bordillo, esperaba a los

gánsteres. Un hombre silencioso, con sombrero flexible, sentado al volante, sólo parecía aguar darles a ellos para arrancar. No miró ni una vez para nosotros, pero puso el motor suavemente en marcha.

—Subid —invitó fríamente Robson—. Los cuatro atrás cabemos ampliamente. Tú, Lamont, ve delante. Sigue McCallum. Luego el sabueso Finlay. Finalmente, yo.

Cruzamos la acera. Miré a ambos lados. Robson rió entre dientes. Llovía fuerte. Ni rastro de patrullero alguno. Los coches circulaban deprisa. Ellos, con las armas en los bolsillos, pegadas a nosotros, parecían dos buenos amigos de ambos, en amigable grupo.

Lamont entró. McCallum, obediente, muy pálido, le siguió. Ahora me tocaba a mí. Me detuve en la acera. Miré a Robson de soslayo. La presión del cañón de su «Luger» en mis costillas, se acentuó. El rostro gordinflón era una máscara de crueldad.

—Arriba. —Silabeó—. Sin resistencia, Finlay.

—Comete un error —susurré—. Deberíamos buscar al verdadero culpable y no...

—A-r-r-i-b-a. —Deletreó, con voz de metal—. O disparo, sabueso.

No había alternativa. El mañoso haría lo que decía. Escaparía luego, y mi cadáver quedaría tirado en la acera, bajo la lluvia. Difícilmente podría probarle nadie su crimen. Si McCallum estorbaba como testigo, me seguiría poco más tarde. Eran sus tácticas habituales.

—Está bien —suspiré—. Es un error, pero no puedo hacer nada por evitarlo, Robson.

Me dispuse a subir, poniendo ya un pie en el vehículo. Sabía que difícilmente volvería con vida de aquel paseo nocturno. Pero rebelarse, era morir en el acto. Ir con ellos, era alargar algo la vida, esperar una posibilidad, por remota que fuese.

Elegí ese camino.

Y entonces se detuvo el automóvil oscuro delante de nosotros, cruzándose ante el de Robson.

Asomó un rostro conocido, y se oyó entre la lluvia un saludo sarcástico, risueño:

—¡Qué sorpresa! Buenas noches, Robson. ¿De charla amistosa con Mark Finlay, verdad?

Era Scott Siodmak, teniente de Homicidios. Creo que nunca me

alegró tanto oír su voz y ver su rostro anguloso y rudo.

Nick Robson sabía perder. Entre otras cosas, porque no tenía otro remedio.

—Buenas noches, teniente —saludó, con sonrisa forzada—. Íbamos ahora para el Departamento, precisamente. A verle a usted. Ha sido una grata sorpresa encontrarle aquí.

—Oh, no me diga... —El sarcasmo presidía el tono del oficial de Homicidios—. ¿Qué iban a decirme? ¿Lo ocurrido en el restaurante de Roy McCallum?

—Pues... —Los ojos de Robson chispearon extrañamente en la noche—. ¿Cómo lo sabe, teniente?

—Yo sé muchas cosas. —Me miró con una frialdad que me hizo estremecer—. Tengo buenos amigos y confidentes, claro... Aunque entre ellos no se cuente mi amigo Finlay.

—Iba a telefonearte desde casa —musité—. Pero pensé que no estarías...

—Qué gran embustero eres —masculló—. Cierto que acabo de regresar. Justo a tiempo de recibir la llamada anónima.

—Lo suponía —suspiré—. Una llamada anónima. Te informaron de todo, ¿eh?

—Supongo que sí. —Miró fijamente a McCallum—. Salga de ahí, Roy. Tenemos que hablar ampliamente. Supongo que se quedarán también ustedes, ¿no, Robson?

—Bueno, pues no. Nos iremos a casa, si no somos necesarios y...

—Sí son necesarios. —Silabeó Siodmak—. El muerto era amigo suyo, ¿no?

—Oh, claro —Robson se mordió el labio—. Informe completo, ¿eh, teniente?

—Muy completo —asintió Siodmak—. Glenn Byers, muerto a hachazos por Roy McCallum...

—¡No! —aulló éste, descompuesto—. ¡Juro que no! ¡Llegué y me golpearon, me pusieron unos guantes manchados de sangre, me...!

—Contará luego esa historia, Roy —le atajó con dureza el teniente—. Y cada uno contará la suya. Vamos adentro. Hay que ver antes lo sucedido ahí. Según el testigo anónimo que nos informó, era algo horrible.

—El testigo... —mascullé con malhumor—. El asesino, Scott. Ése era quien llamó.

—Es tu teoría —me replicó fríamente mi amigo—. Muchos testigos anónimos llaman a la policía en casos así, sin dar su nombre por no comprometerse. McCallum fue visto hacha en mano. Se tambaleaba, como ebrio, se golpeaba contra los muros, igual que en una crisis histérica.

—¡Es mentira, es mentira! —Sollozó el dueño del restaurante—. ¡Nadie pudo ver eso, teniente! ¡No soy un asesino! ¡Admito que me exalto ante unas faldas, pero asesinatos... No, no, eso no, lo juro!

Con Siodmak, salieron del coche hasta tres agentes uniformados. Otro automóvil vomitó, más atrás, a cinco agentes más. Siodmak no venía desprevenido.

—Realmente, encontramos a McCallum inconsciente, como si se hubiera golpeado —admitió pensativamente Robson—. ¿No es cierto, Finlay?

Asentí, mientras Scott me miraba de soslayo, con hostilidad. No comentó nada. Todos, en grupo, fuimos hacia la puerta del restaurante ensangrentado.

—¿De verdad vas a acusar a McCallum de asesinato?

—Debería decirte que a ti no te importa eso —me replicó, agresivo, Siodmak—. Pero antes quiero oír tu versión de los hechos. ¿Cómo llegaste al restaurante, cómo pudiste saber dónde ocurría esta vez?

Se lo expliqué con detalle. Me escuchó, inexpresivo. Luego sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No tienes excusa —me acusó—. Debiste llamar a quien fuese del Departamento, aún no estando yo. Había dejado instrucciones para que no te tomaran por loco. Otra vez tu obsesión de arreglar las cosas a tu modo. Debí dejar que esos *gánsteres* te dieran el *paseo*.

—Muy amable, Scott.

—Siempre estás metiéndote en líos, por querer jugar a la novela detectivesca. Eso sólo sale bien en la literatura y en el cine, no en la realidad, Mark. ¿Vas a presentar denuncia contra Robson?

—No —negué—. Algún día lo arreglaré a mi modo. No hay denuncia.

—Bueno, allá tú. —Se frotó el mentón—. Está furioso por la pérdida de su amigo y socio. ¿Crees que Byers presencié realmente el asesinato de Foreman?

—Estoy convencido de ello. Quiso hacer chantaje a alguien. Y le

mataron.

—Precisamente en el restaurante de McCallum. ¿Eso no es significativo?

—Claro. Pero el asesino le ató y amordazó previamente. Pudo hacerlo en otro sitio, y llevarle luego al restaurante. Cuando se estableció el contacto de mente a mente, ya iba a cometerse el crimen. Una vez más, la excitación del afán homicida, le hizo transmitirme su mensaje mental. Es terrible, Scott.

—Terrible, y acaso práctico, si sabemos sacar partido de ello. ¿Recuerdas algún detalle significativo?

—Uno —suspiré. Miré fijamente a Siodmak—. Supongo que tendrás depositadas esperanzas en los guantes ensangrentados de McCallum...

—Sí, las tengo. Si son suyos, lo probarán en el laboratorio. La piel humana deja residuos que descubre el microscopio. Si son de otra persona, podemos conocer su sexo, su edad, incluso su color de cabello, su posible estatura y corpulencia.

—Entonces, aleja toda esperanza en ese punto —suspiré.

—¿Por qué? —Me miró, ceñudo.

—No son los guantes del asesino.

—¿Qué? —Dio un respingo.

—No son los mismos. Ésos son negros, de cuero brillante. Los otros eran menos oscuros, acaso marrón intenso, gastados.

—Eso, según la imagen mental recibida. Puede haber un fallo telepático.

—Tal vez. —Me encogí de hombros—. Prueba. Verás, sin duda alguna, que son guantes nuevos. McCallum dice que nunca usa. Claro que todo puede ser una añagaza de él mismo, pero...

—Entonces, ¿a quién acuso? ¿A Robson?

—Pudiera ser culpable. McCallum anda metido en negocios con él, es evidente. Foreman también lo estaba, con los estupefacientes, en su gimnasio.

—Oh, Mark, me estás complicando el asunto todavía más.

—El asunto es complicado. Ya son tres asesinatos. Estos dos últimos no deben hacernos olvidar el primero, que acaso es la clave de todo. Muere una mujer desconocida, que decía llamarse Elaine Welsh y que... Por cierto, Scott, ¿algo sobre alguna Elaine Welsh?

—En Jersey City había una. Es corista, y la he visto. Una chica

estupenda, pero llena de vida. Y rara vez viene a Manhattan. No conoce a nadie más de su nombre. En Yonkers había otra, maestra de escuela, y se llamaba Elaine J. Welsh, que también gozaba de salud completa... y tiene cincuenta y siete años. —Sacudió la cabeza, desolado—. En resumen nada de nada, Mark. Seguimos como al principio.

—Si al menos se encontrara la cabeza... —musité, pensativo.

—Cientos de policías husmean por doquier la ciudad, hasta en los más insólitos lugares, sin resultado práctico —me refirió Siodmak—. Decididamente, es una dama fantasma. No encaja en la descripción de ninguna desaparecida. No tiene huellas de intervenciones quirúrgicas... Nada de nada, Mark. Es para desesperarse.

—Sospecho que el asesino ya sabía eso cuando cometió su crimen —reflexionó en voz alta—. Una vez decapitada y sin huellas dactilares era punto menos que imposible identificarla. Eso es lo que me hace pensar que ella es el principio. La clave.

—Sí, pero ¿y Foreman?

—Foreman... El hombre hermoso, atlético, el *Playboy* bien cotizado que siempre tenía algo con damas ricas y... —Me detuve. Miré fijamente al teniente—. Un momento, Scott.

—¿Sí? —Enarcó él las cejas.

—Busquemos por ahí. Habíamos olvidado demasiado pronto al *play-boy* profesional. Los árboles nos impedían ver el bosque.

—¿Qué sugieres? ¿Crimen pasional?

—Pudiera ser —admití—. Me parece que deberíamos volver al Gimnasio Foreman o a casa de los Foreman y Dillon, Scott.

—Ocupate tú de ello —me invitó de pronto, Siodmak—. ¿Qué te parece?

—Bien. Lo haré —asentí—. ¿Y tú?

—Yo me ocuparé de Byers. Y de McCallum. Y de la dama misteriosa de quien nada sabemos.

—Conforme. —Me puse en pie—. Scott, ¿por qué no buscar también un samurái?

—¿Cómo? —Pestañeó él.

—El samurái no es un arma tan corriente como pueda creerse. Hay excombatientes de la Guerra Mundial que trajeron alguno, otros que viajaron a Japón... Pero es un arma poco usual.

—La buscaré, aunque Dios sabe cómo —refunfuñó Siodmak—. Suerte en tu misión, Martí.

—Lo mismo digo, Scott.

—Y ten cuidado. Mucho cuidado, muchacho. No me gustaría tener que contarte entre las víctimas. Tu facultad de «ver» al asesino, aunque sea sin rostro, puede resultar muy peligrosa, cuando él lo sepa.

Me quedé parado en el umbral. Le miré, pensativo. La idea pasó, fugaz, delirante, por mi cerebro.

—Ver al asesino —musité—. Es toda una idea, Scott.

—¿Qué quieres decir? —Se inquietó—. ¿Qué clase de idea? Siendo tuya, forzosamente ha de ser pésima.

—No, no. La idea me la has sugerido tú.

—Mark, no hagas tonterías. No trates de ir demasiado lejos.

—No, nada de eso. —Sonreí—. Simplemente quisiera encontrar... un espejo.

—¿Un *espejo*? —Me miró, atónito, como si estuviese completamente loco.

—Eso dije. El espejo, Scott. ¿No lo entiendes?

—No. Pero no me gusta.

—Es posible que alguna vez cambies de idea. —Sonreí.

Y agité mi mano, abandonando la oficina de la División de Homicidios.

CAPÍTULO X

—Usted de nuevo...

—Sí, señora Foreman. De veras siento importunarla otra vez.

—No tiene importancia. Pase. He hablado ya con tantos policías, periodistas... A fin de cuentas, usted terminó con mis zozobras aquel día. —Hizo un gesto amargo—. Aunque fuese para que yo sufriera el disgusto terrible de ver a Gene... muerto.

Dejé que transcurriera un silencio respetuoso. Ella me había hecho pasar a un saloncito acogedor, en su vivienda. No era su casa y la de Gene Foreman. Ésta era la casa de su hermano Mervyn Dillon. Evidentemente, era un momento adecuado para no vivir sola.

La señora Foreman era joven y atractiva, pese a sus ropas oscuras actuales, la ausencia de maquillaje y la tristeza de su rostro y ojos. Había un trazo de amargura en sus labios sin color, bien dibujados. Evidentemente, nunca había sido muy feliz.

—Señora Foreman, he leído cosas poco piadosas para su marido. —Comencé, con tacto.

—Sé lo que habrá leído. Es poco piadoso. Pero es cierto. —La tristeza de sus ojos me dolió. Además, era tremendamente sincera al hablar.

—¿De modo que su esposo...?

—El negocio no iba muy bien. Porque él lo llevaba mal, conforme. Pero por otro lado, defendía sus vicios y gastos con... con el dinero de mujeres caprichosas... —Hubo humedad súbita en sus ojos. Incluyó la cabeza—. Es penoso tener que admitir cosas así, pero no se gana nada ocultando lo que todos saben. ¿Por qué quiere hablar usted de ello?

—Señora Foreman, soy amigo de la policía. Además, tengo un interés... personal en el asunto. Sería difícil de explicar, pero...

—Mi hermano Mervyn me contó ya algo de ello. —Me miró

fijamente ella—. Tiene usted un raro don. Intuye lo que ha sucedido.

—Digamos que es algo así —suspiré—. Eso me obliga a tratar de averiguar cosas. Quisiera encontrar al culpable. A la persona que mató a su esposo.

—Pudo ser tanta gente. No tenía más que enemigos. Sólo ciertas mujeres eran sus amigas.

—Es una amistad peligrosa, señora. Un arranque de celos, una pasión defraudada, un engaño, pueden precipitar una venganza cruel, inesperada.

—No me sorprendería que una de ellas hubiera sido —convino la viuda.

—Usted... Bueno, es algo delicado el asunto, pero... usted... ¿conocía a alguna de... de esas mujeres?

Ella seguía mirándome. Asintió de repente.

—Sí —dijo—. Las conocía. A varias.

Respiré hondo. Era más, mucho más de lo que podía esperar. Me incliné, ávido, hacia ella. Pero no olvidé el tacto en la difícil conversación.

—Señora Foreman, yo... yo quisiera... siquiera un nombre o dos. alguna de ellas podría ser acaso la clave que me condujera a... la persona responsable. Quisiera que entendiese. Es difícil, doloroso, incluso violento, pero...

—Le entiendo muy bien, no se esfuerce. —Me detuvo con un elegante ademán. Casi sonrió, curvando tristemente sus labios—. Le daré un nombre. Uno solo. El de la última mujer que yo... que yo... supe que...

—Bien —corté, rápido—. Dígamelo, por favor.

—Bárbara. Bárbara Dykers. Vive en la Calle Cincuenta Oeste, en...

—¡Mac! —Rugió la voz—. ¡No digas nada a ese hombre! ¡No sirvas carroña a los buitres, hermana! ¡Está abusando, ese cerdo, de tu buena fe, maldito bastardo!

Me incorporé. Ella emitió un gemido, asustada. Mervyn Dillon entró violentamente en la habitación, encarándose conmigo. Tenía el rostro del color de la púrpura. Traté de contemporizar:

—No es lo que imagina usted, Dillon. Su hermana sólo trata de...

—¡Fuera, hijo de perra! —Rugió—. ¡Fuera ahora mismo, o le mato! ¡Ya estoy harto de gentuza como Gene Foreman, para ver a otros cerdos como usted ensuciando mi casa!

—Mervyn, deja que te explique —rogó ella—. El señor Finlay sólo trata de...

—¡Yo le daré a Finlay su escarmiento! —Y tomando de encima de un mueble una estatuilla de bronce, la alzó contra mí, belicoso. Mac gritó, angustiada.

Si me golpeaba con aquel objeto podía realmente matarme. Y era capaz de hacerlo. Lo evité del único modo posible.

Disparé mi puño zurdo contra su hígado, y el derecho contra el estómago. Se dobló, con un bufido, soltando la estatuilla. Pálido, se quedó sin aliento, vidriados sus ojos, las manos sujetando el abdomen.

Salí rápidamente. En busca de una mujer llamada Bárbara Dykers.

Bárbara Dykers.

No era ninguna fulana, ciertamente. Ni siquiera una fulana de lujo. Era toda una dama. No fue difícil dar con ella en la Cincuenta Oeste. Tenía un edificio propio, criados y doncellas. Era rica. Muy rica. Le gustaba la sauna, los masajes y todo eso.

También le gustaban los pantalones. No sólo Foreman era su debilidad, evidentemente. Apenas me vio llegar, despidió a su masajista. Me invitó a tomar algo. Le dije que era reportero de sociedad, nuevo en el *News*.

No supe si se lo tragó o no. Pero me acogió cordialmente. Muy cordialmente.

Bárbara Dykers, una dama de mediana edad, de unos treinta y cinco años, rubia, natural y con curvas algo llenitas, que hacían explicable su afán por saunas, masajes y ejercicios físicos, no era de las que se andaban con rodeos cuando alguien le gustaba.

Pronto la tuve sentada en el brazo de mi sillón. Llevaba una suntuosa bata de encajes de seda. Tenía la particularidad de abrirse al cruzar las piernas. Y ella las cruzó.

Eran largas y atractivas. Muslos algo redondeados, mórbidos. Una joven matrona todavía muy aceptable. Sobre todo, para hombres como Gene Foreman. Yo no era un *play-boy*, pero buscaba información. Y Bárbara Dykers no era de las que daban algo a

cambio de nada.

De modo que intenté hacerle olvidar, siquiera de momento, al dichoso Foreman.

Lo malo es que lo conseguí con excesivo éxito...

—Mi amor... —Me envolvió de nuevo en sus brazos, perfumados con esencias caras, y besó mi cuello, mis labios, mis mejillas, ronroneante como una gatita mimosa—. Ha sido una maravillosa visita.

Maravillosa. Y prolongada, pensé yo, nervioso. Afuera, era ya de noche. Había perdido demasiadas horas allí, aunque ella las hubiera ganado. La tenía rendida en mis brazos. Incluso había visto ya su talonario de cheques, una pequeña joya varonil. Iba a empezar a hacerme regalos. Debía formar parte de su técnica.

No los rechazaría, porque eso la ofendería posiblemente, haciéndola hermética. Pensando en todo ello, mencioné como al azar a Gene Foreman. Me miró con súbito recelo, pero acaricié sus cabellos, besé sus labios, y huyó todo recelo de aquella rubia millonaria caprichosa.

—Oh, mi vida, ése no tenía tu clase... —dijo—. ¿Leíste los periódicos? Oh, claro que los leerías. Trabajas en uno, Maris, mi amor, Foreman era un... un bastardo. Un tramposo.

—¿Tramposo? —Sonreí—. ¿Bastardo? Alguien me habló de él. Dijo que era el hombre más atractivo de la ciudad.

—No es que no fuese atractivo. Es que engañaba a cualquiera. Incluso a mí, querido, se atrevió a engañarme.

—¿De veras? Oh, eso no puedo creerlo. ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Con una mujer como tú, Bárbara.

—Pues lo hizo. Y con alguien que valía menos que yo, mi vida. Todo lo llevaba muy calladito, muy secreto, pero lo hizo el muy... —Apretó los labios. Demostró ahora que, pese a todo, era una mujer de cierta distinción—. Será mejor callar apelativos. Es feo, Mark Olvidemos a ese hombre.

No, eso no, pensé rápido. No ahora. Me arriesgué algo.

—Debió de ser con Gladys Barton, de los Barton de Jersey. —Sugerí.

—¿Gladys Barton? —Frunció el ceño—. No la recuerdo. No, no fue ella. No quisiera decirte su nombre por sí... por si tú, mi vida, sintieras ahora tentaciones de... de repetir la experiencia de aquel

pillo...

—Yo no soy Foreman. —La besé, apasionado, la envolví en mis brazos con fuerza—. Si me gusta conocer a ciertas mujeres... es para huir de ellas y de sus argucias. Bárbara, cariño.

—Bueno, sólo por eso me arriesgaré un poquito. —Hizo un mohín, yendo por su cheque recién extendido. Y por la joya. Me entregó ambas cosas, de un modo encantador. Y luego, añadió—: Sólo por eso... te lo digo. Y me lo dijo.

Rompí el talón en trocitos menudos. Era una sabrosa simia. Pero mi conciencia me hubiese impedido retirarla del Banco al día siguiente. Tiré los fragmentos verdosos en una papelera de la oficina de telégrafos. Paseé, nervioso.

Llegó el mensaje que esperaba, cosa de veinte minutos después. Lo leí. Guardé el documento en el bolsillo. Llamé a Homicidios. Siodmak no estaba.

Me mordí el labio inferior. Me detuve en un puesto de periódicos. Adquirí un par de ejemplares del *News* y del *Tribune*.

En ambos venía la noticia a toda plana:

«Sangriento asesinato en un restaurante de servicio nocturno. Su dueño, sospechoso del mismo...»

Debajo, fotografías de la víctima, el conocido *gánster* Glenn Byers, de Roy McCallum...

Y dos nítidas, precisas fotografías de la cocina del restaurante. Con su mesa, su *cátsup* derramado, el contorno de la víctima marcado con tiza en el suelo, el hacha sangrienta, los guantes negros de McCallum...

En los muros de blancos baldosines, más hachas, cuchillos, instrumentos de cocina, un calendario, un espejo.

Sonreí duramente. El espejo.

Quizá cuando Siodmak viese la fotografía, entendiese bien. El espejo... Era una locura, claro. Pero valía la pena intentarlo.

Tomé el teléfono. Llamé al *News*. Pedí por Kim. Se puso al teléfono al poco.

—Soy Mark —dije—. ¿Cómo va todo?

—¡Mark! —exclamó Kim—. El fiscal del Distrito ha llamado. Un suboficial de Homicidios también. Parecía extrañado y furioso.

—¿Por qué motivos? —Sonreí.

—¿Y lo preguntas? Los dos dijeron lo mismo; que en la cocina del restaurante *no* había espejos. Que no entienden de dónde hemos sacado esas fotografías con un espejo de marco blanco.

—Lo imaginaba. Si hubiera estado Siodmak, todavía sería peor —suspiré—. Kim, ¿qué les dijiste?

—Me excusé, diciendo que era una reconstrucción, y tal vez alguien cometió un pequeño error. No parecieron convencidos, pero se callaron.

—Eso está bien. Sigamos adelante, Kim. El juego marcha. Voy reuniendo mis triunfos poco a poco. El asunto es serio.

—Mark, no debiste insistir en que mencionase, aunque sólo fuera vagamente, el hecho de que tú posees dotes telépatas respecto al criminal —se quejó Kim—. ¿Es que estás cavando tu propia tumba?

—No. Estoy tendiendo un cebo, simplemente. Eso forma parte de él, aunque quizá no fuese preciso.

—No te entiendo.

—Ya lo entenderás. Te llamaré más tarde. Me faltan aún unos cuantos datos por reunir. En realidad, tengo pocas cosas: un nombre, un radiograma urgente... y el espejo. Sólo eso.

—No entiendo nada, Mark.

—Mejor. —Reí—. Eso te deja fuera del juego. Y no corres peligro.

—Mark, me inquietas.

—Eres adorable, Kim —suspiré—. Hasta pronto.

Colgué, pese a sus protestas. Miré mi reloj. Luego me encaminé adonde tenía que hacer la siguiente diligencia.

Wilcox me contempló, preocupado. Meneó la cabeza.

—¿Otra vez eso, Finlay? Terminará obsesionado con su cabeza.

—Doctor Wilcox, necesito saber si este fenómeno va a durar más, qué puede provocarlo. Volvió a presentarse últimamente, en el crimen del restaurante nocturno.

—Vaya, de modo que también ahí... ¿Cree que fue el mismo asesino?

—Estoy convencido. El doctor Kendall sugirió que el contacto de mente a mente podía ser entre ese criminal y yo...

—Era sólo una teoría —suspiró Wilcox. Parecía preocupado con

mi insistencia—. El doctor Kendall está atendiendo ahora a un rico paciente, a Williard Aspern, ya recuerda. No puede atenderle, pero yo intentaré serenar su espíritu, siquiera sea de momento. Hemos estudiado juntos el caso, y hemos llegado a una posible solución. Venga conmigo, Finlay.

Le seguí al pabellón de neurocirugía y recuperación.

No entramos en los quirófanos, sino en la sala de sesiones radioeléctricas, encefalogramas y todo eso. Me llevó a una mesa, y buscó en una gaveta. Extrajo un puñado de documentos, que hojeó. Eligió uno, mostrándomelo.

—¿Qué es eso? —indagué.

—Un estucho de su tratamiento completo postoperatorio. Estábamos convencidos de que la cirugía no provocó el fenómeno. El doctor Kendall cree tener la solución. Y yo estoy de acuerdo con ella.

—¿Cuál es? —dije, impaciente.

—Los impulsos eléctricos aplicados a su corteza cerebral y a su masa encefálica, para reactivarla —sonrió Wilcox—. Algo que desaparecerá con el tiempo. Esas ondas han sensibilizado, sin duda, una parte aletargada del cerebro humano. Tenga en cuenta que es mucho más lo que ignoramos que lo que sabemos en torno a la mente humana, amigo mío. Usted, por una especial predisposición de su encéfalo, al recibir ese tratamiento de «electro-shocks» continuados, reavivó unos puntos cerebrales, hipersensibles a otras ondas mentales de exterior y se hizo, en parte, receptor telepático, pero de alguien, y en determinadas circunstancias en que esa otra mente emitía, por excitación, sin duda, unas ondas más fuertes de lo normal.

—Sí pero ¿por qué, precisamente esa persona?

—El doctor Kendall no ha llegado en ello a conclusión alguna todavía, pero yo, analizando el asunto, puedo ofrecerle una posible solución. Nada definitivo, por supuesto.

—¿Cuál, doctor?

—Que esa otra persona, sea quien sea, ha sufrido igualmente, en alguna ocasión, un tratamiento de corrientes eléctricas de determinada frecuencia, que sensibilizaron, del mismo modo, ciertos puntos de su cerebro, pero en sentido contrario al suyo. Es decir, ese sujeto es *emisor*. Y usted, *receptor*. Eso crea esa corriente

telepática, forzosamente breve, y que terminará por extinguirse por sí sola, apenas transcurran unos breves meses de recuperación del tratamiento.

—Según eso, doctor Wilcox. —Sugerí, ceñudo—, podría ser muy bien que la tal persona, haya recibido igualmente ese tratamiento no hace mucho tiempo.

—Pues sí, es una posibilidad. —Me miró con sorpresa—. Acertada deducción, Finlay. Eso explicará muchas cosas.

—De modo que buscando en el registro de personas que, recientemente, en un período de escasos meses, han pasado por sesiones de corrientes eléctricas cerebrales... el asesino podría ser localizado.

—Bueno, en teoría parece sencillo —sonrió Wilcox—. Pero en la realidad, llevaría tiempo, trabajo, y acaso no diera resultado.

—Sí, es posible. —Me encogí de hombros—. Bueno, era sólo una sugerencia.

—La comentaré con el doctor Kendall cuando dispongamos de un espacio de tiempo libre para discutir su caso de nuevo, Finlay. —Me puso la mano en el brazo, cordialmente—. Pero no tema nada, entretanto. Sepa usted que lo que le sucede es sólo eso, un fenómeno momentáneo y nada grave, que incluso denota el perfecto funcionamiento de su mente, y la claridad y sensibilidad con que actúa.

—Sí, es un consuelo —admití, pensativo—. Gracias, doctor Wilcox. Buenas noches.

—Buenas noches, Finlay. Y venga siempre que quiera a consultar cualquier duda.

Abandoné la clínica, alejándome sobre el sendero de gravilla amarillenta, junto a los árboles. No llovía, la noche era fresca, pero agradable, y me gustaba pasear en el otoño neoyorquino.

Atrás fueron quedando las luces innumerables del edificio sanitario del doctor Norman Kendall, el hombre que me había devuelto a la vida y me había concedido el extraño don de establecer contacto con otra mente: la de un asesino.

En la central telefónica me dieron el último dato que precisaba. El definitivo. Respiró hondo al recibirlo. Lo uní a los demás.

La situación estaba ya clara. Ahora, yo sabía quién asesinó a las tres personas. Y sabía también quién era la mujer decapitada.

—Asunto terminado —murmuré con un suspiro—. El espejo no hubiera hecho falta —suponiendo que pueda probar todo lo que ahora sé.

Llamé a Siodmak otra vez. Ahora sí estaba. Puso el grito en el cielo apenas oyó mi voz por el hilo telefónico:

—¡Mark de todos los diablos! —aulló—. ¿De quién fue la idea de esas fotografías con un espejo en la cocina del restaurante McCallum?

—Mía. —Sonreí.

—Lo sabía. ¿Te das cuenta de lo que has hecho, al ofrecer tal cosa en los diarios?

—Creo que sí.

—¿Y al hacer mencionar tus cualidades de telépata?

—También, sí.

—¿Pretendes ser la cuarta víctima? —Se enfureció.

—No. Pretendía descubrir a un asesino. Ya no hace falta todo eso. Tengo el caso resuelto.

—¿Qué tienes qué? —Casi tembló el teléfono en mi mano.

—El caso resuelto. Sé quién era ella, la mujer que se hacía llamar Elaine Welsh. Sé quién la mató. Y quién mató a Foreman, a Byers.

—¿Estás loco o pretendes tomarme el pelo? —masculló el teniente.

—Ni una cosa ni otra, Scott. Lo sé todo.

—Bien, desembucha, si eso es cierto, maldita sea.

—El teléfono no es la forma adecuada. Es largo y complejo. Iré a verte, Scott. Prepara todo. Creo que podrás arrestar a alguien, aunque acaso sea difícil probarlo después...

—No tardes, Mark. Te espero.

Colgué, saliendo de la cabina situada en el amplio vestíbulo de la Central Telefónica de Broadway. Crucé la acera, en busca de un taxi.

Un automóvil particular se detuvo junto a mí, pegado al bordillo. El chófer iba al lado opuesto, sentado al volante. Abrió la portezuela. Me invitó, con voz fría:

—Buenas noches, Mark Finlay. Suba.

Le miré. Y miré sus manos enguantadas, de color tabaco muy oscuro, gastada la piel. Y miré su pistola «Smith & Wesson» calibre

32. Negra. Pavonada. Con un tubo silenciador.

—Suba —repitió, glacial—. Si no lo hace, dispare. Nadie oirá nada. Escaparé, Finlay. Y usted estará musito. ¿Sube o no?

—Igual voy a morir, ¿no? —Sonreí.

—Eso, depende de usted —mintió él, cínicamente—. Entre.

—Sí, doctor Kendall —dije.

Y entré en el coche.

CAPÍTULO XI

Otra vez viajando con la muerte en un automóvil.

La vida está hecha de ciclos. Se cierra uno, se abre otro. Y vuelve a cerrarse.

Recordé a Mirna. El automóvil por el Holland Tunnel hacia Manhattan. Parecía haber transcurrido una eternidad desde entonces.

Y ahora...

De nuevo el asesino junto a mí. Una mano al volante. Una mano con la pistola silenciosa, hincada en mi costado. El coche, lanzado por el tráfico de Broadway. Era curioso. Trágicamente irónico. Prisionero del asesino. Hacia la muerte. En medio de un tumulto que era todo vida, luz, color.

—¿Preocupado? —me preguntó, irónico.

—Un poco, doctor. —Sacudí la cabeza—. No me gusta morir.

—No es absolutamente necesario morir, a veces. Pudo elegir otra cosa.

—Ya es tarde para eso.

—Me temo que sí. —Me miró de soslayo—. Usted no se vendería por nada. No hay precio para su silencio, ¿no?

—Sabe que no. Además, usted no se fiaría. Como no se fió de Byers.

—¿Sabe eso también?

—Creo que lo sé todo —asentí.

—Ese maldito detalle... —Sacudió la cabeza con ira helada—. Nunca lo vi. No me fijé. Dios, ¿cómo no lo advertí, sabiendo lo que sabía de usted?

—¿Qué cosa?

—El espejo.

Sonreí. El cebo había resultado. No supe si felicitar me o llamarme imbécil.

—Nunca hubo espejo —dije.

—¿Qué? —Casi dio un respingo en el asiento. El coche brincó, pero el arma se hincó más en mis costillas.

—Fue un truco mío. Sabía que usted entendería su significado, y pensaría otra cosa.

—De modo que no me vio, cuando captó mi onda mental, en la cocina del restaurante.

—No —suspiré—. No le vi. No había espejo alguno, doctor Kendall.

—¡Estúpido de mí! —jadeó—. ¿Cómo supo, entonces, que yo era...?

—¿El asesino de su esposa Claire Elaine Kendall? —Reí suavemente—. De una forma relativamente estúpida. Solamente descubriendo que su mujer le quitó el *play-boy* a otra rica dama de Nueva York. Sólo que, ¿quién daría importancia a un hecho así, ni lo relacionaría con estos crímenes? Y menos, estando su esposa en Nassau, en estos momentos, ¿no es cierto, doctor Kendall?

—¿Qué ha descubierto exactamente? Le he visto entrar y salir en Teléfonos. ¿Averiguó lo de la conferencia de esa noche?

—Sí, doctor. Averigüé que nadie llamó desde Nassau a la clínica. Como averigüé, por la policía de Nassau, a través de un radiograma urgente, que su esposa NUNCA estuvo en Nassau. Más tarde, usted llevaría allí a una doble cualquiera, la haría morir en el mar, fingiría que era ella, y volvería viudo. Nadie sospecha nunca de personas honorables y prestigiosas mundialmente, como el doctor Norman Kendall. Quizá porque no se paran a pensar que, tras la fachada del eminente neurocirujano, se esconde, simplemente, un hombre, un ser humano.

—Usted sabe mucho, Mark. ¿Cómo identificó a la mujer decapitada?

—No la identifiqué. Pero tenía que ser alguien conocido, importante, alguien que no debía ser identificado bajo ningún pretexto, para evitar, tal vez, que por su identidad, se llegase a los motivos, al asesino y su identidad o todo ello a la vez.

—Como así era.

—Sí, doctor. Como así era, en efecto. Un plan diabólico. Mató a su infiel esposa, luego a su *play-boy* y tuvo que seguir la serie sangrienta con Byers, que vio demasiado, cuando se dedicaba a

vigilar a Foreman. Sabiendo que yo VEÍA sus crímenes, porque yo mismo se lo había dicho, ¡qué gran dominio de sí tuvo usted cuando le informé de ello, y sólo reveló asombro y desconcierto! Usted hizo la farsa de McCallum, poniéndole guantes, manchándolos de sangre, utilizando su local para matar a Byers, a quien llevó sin duda en este mismo coche.

—Sí, ahí mismo iba —sonrió Kendall, señalando a mis pies, irónico.

Miré al suelo del coche. Mis zapatos rascaban sobre partículas amarillentas. Gravilla del sendero de la clínica. Recordé la moqueta de la oficina 28 B.

—Usted dejó gravilla de ésa en la oficina alquilada por su esposa para recibirme... —Le recordé.

—Un estúpido error. ¿Lo relaciono con la clínica?

—Solamente esta noche, cuando ya lo sabía todo. Mi error fue no relacionar nunca la clínica con los crímenes. Ésa era su mejor baza.

—Y sigue siéndolo. El doctor Kendall está por encima de sospechas.

—No esté demasiado seguro de eso, doctor —suspiré, evocando algunos hechos lejanos ya—. Su esposa tenía miedo, doctor. Intuyó lo que iba a usted a hacer, porque sin duda averiguó que usted conocía su secreto. Intentó, entonces, ponerse en contacto conmigo. Debí hacerme sospechar algo, el hecho de que su carta y telegrama fuesen los últimos en mi buzón, como si ella supiera ya que yo volvía por entonces a mi vida normal, como así era. Usó su segundo nombre, y el apellido Welsh, eso no sé por qué.

—Tuvo un novio antes de ser mi esposa —habló Kendall, irritado—. Se llamaba Welsh de apellido.

—Si yo hubiera sabido eso...

—Yo lo sabía. La pude seguir, localicé su oficina. Logré entrar, la maté... Luego, fui a por Foreman, ese asqueroso reptil humano que vivía de las mujeres necias que se creen todavía irresistibles, como la estúpida de mi mujer.

—Ella era la mujer de dinero que le ayudó a usted a levantar su gran clínica, Kendall. Era más joven y vital que usted. No puede culparla demasiado. Era humana también. Ahora, su dinero será para usted, si esto sale bien. Y se habrá vengado de su humillante

infidelidad, de un *play-boy* vulgar.

—Visto así, parece ridículo. —Encajó las mandíbulas—. Pero no lo es, Finlay. No tolero que me humillen. Soy demasiado importante para eso.

—El orgullo del que se cree superior. Doctor, yo le debo mucho. Como médico, claro. Pero supongo que la deuda quedará saldada ahora. Me dio la vida y va a quitármela.

—Si hubiera sabido a tiempo lo de su maldita reacción psíquica... ¿Cómo sospechar un fenómeno así, precisamente en usted?

—Doctor, yo debí pensar que era usted la mente en contacto conmigo, de haber sabido de las ondas eléctricas.

—Hoy lo hablé con Wilcox. Lo sé. Él me lo contó. Por eso me di cuenta de que ya lo sabía todo. Le busqué. Imaginé dónde: Telégrafos o Teléfonos, en busca de evidencias contra mí. La coartada de mi viaje a Nassau, con regresos rápidos, usando nombre falso, para cometer los crímenes, mi llamada telefónica, hecha por una amiguita mía bastante estúpida, pero que imita muy bien las voces, y a quien le dije que fingiera ser mi esposa. Incluso engañó a Wilcox.

—Y esa amiguita suya tan estúpida será la víctima propicia del trágico «accidente» planeado para la señora Kendall en Nassau —aventuré yo.

—Exacto —afirmó, irónico—. Lo sabe todo, lo prevé todo.

—El plan perfecto. Silencio total. Con mi muerte, cinco asesinatos. Todo por orgullo y soberbia. Y también para seguir siendo rico, además de famoso.

—Es una pena, Finlay, que su facultad de captar mis pensamientos y actos a distancia, le sentenciara a este fin. Quisiera perdonar su vida y no puedo.

—Es lógico. Se trata de su vida o la mía. La elección no es dudosa, y menos para un hombre de sus ambiciones.

—Me alegra que se dé cuenta. —Se tocó la cabeza, soltando un momento el volante, mientras corríamos por Riverside Drive abajo, bordeando el Hudson, frío y oscuro—. Si yo no hubiera recibido también esas inoportunas corrientes, pocos meses antes que usted...

—El recordar eso me dio la clave definitiva, doctor Kendall. Ya no había dudas.

—Bien, la conversación toca a su fin. Comprenderá que es inútil resistir, Finlay.

—Aun así, doctor, una vez escapé a la muerte, viajando también en un coche, con una persona sin piedad a mi lado.

—Es diferente. Era una mujer. Y le amaba. Ahora, es un hombre. Y necesita eliminarle. Intente algo, y dispararé en el acto. Morirá antes de poder conseguir nada. Ha perdido. Su espejo fue un cebo demasiado inteligente. Creí que usted habría «visto» mentalmente mi rostro reflejado en ese espejo que no existía... —Se encogió de hombros. En fin, Mark Finlay. Buen viaje a la eternidad. No le haré sufrir.

Maldito si me importaba su misericordia postrera. Estaba pensando en hacer algo. Y no sabía qué...

Sólo podía morir allí, estúpidamente. Cualquier añagaza sería inútil. Iba a sacrificarme, de todos modos. Era su posibilidad, y no la perdería.

El automóvil que nos seguía hacía un cierto tiempo y al que Norman Kendall no prestara la menor atención, se acababa de situar junto al nuestro. Parejo al del cirujano. Quizá porque sus ocupantes, duchos en la materia, intuyeron que era el momento decisivo, al ver disminuir ligeramente la velocidad del coche de Kendall.

Creo que jamás me alegré más de ver un rostro conocido, y eso que el de Nick Robson era el último rostro que hubiera pensado que me diera complacencia ver junto a mí.

Robson nos sonrió extrañamente, agitando su brazo por la ventanilla. Mis ojos le dirigieron un mensaje angustiado, supremo. A su lado, Lamont, el pistolero, era una máscara hermética de crueldad.

—¿Qué diablos...? —jadeó Kendall, volviendo la cabeza.

—Son Nick Robson y Don Lamont. Pistoleros. Mañosos. Amigos de Byers. —Le anuncié con voz helada—. Perdió, doctor Kendall. No se despegarán de nosotros. Son profesionales del crimen. Le han visto conmigo. Eso basta. Saben o sospechan que es el enemigo, el hombre que mató a su amigo Byers. Está usted perdido.

—Todavía no. —Silabeó, tratando de acelerar, para apartarse de los *gánsteres*.

Intentaba abordarles, lanzar el coche de Robson al río. Yo lo esperaba. Él había separado ligeramente el arma para cubrir a los

pistoleros. Rápido, bajé el brazo, pegando con el codo en su mano. Gritó, soltando la pistola. Se disparó, y sentí un mordisco ardiente en mi costado.

Me encogí, dolorido. Robson debió ver el espasmo en mi cara. Su coche se apartó, para adelantarse luego. Metí el pie sobre el freno, forcejeé con el volante y la mano de Kendall...

Todo terminó pronto. Él me soltó un impacto seco, pero el coche frenado patinó, dio un brusco giro en el suelo húmedo, se estrelló contra un muro de ladrillo, estruendosamente.

Caí de bruces sobre el parabrisas. Sentí que abrían la portezuela. Robson me retiró. Lamont disparó contra Kendall. Robson le gritó:

—¡No, no le mates! ¡Deja que pague despacio sus crímenes!

Tiró Robson de mí. Mentalmente, con mis ya escasas fuerzas, le di las gracias. Nunca esperé deberle la vida al *gánster*. Le oí musitar a mi oído:

—Eso, sabueso, por no delatarme a los polizontes. Robson nunca olvida un favor.

Sonreí, quise decir algo. Estaba bañado en sangre mi costado. Caí en sus brazos. El coche de Kendall ardía. Lamont sacó al médico, malherido.

Luego, no supe más.

—Como siempre... tuviste que hacerlo a tu aire, Mark.

—Lo siento, Scott. —Me lamenté—. Hubiera querido hacerlo de otro modo, pero no tuve opción.

—El truquito del espejo, ¿eh? —refunfuñó el teniente—. Menos mal que todo salió bien, gracias a esos mañosos del diablo.

—¿Y Kendall? —indagué.

—Recuperándose de su herida —dijo—. Será juzgado y ajusticiado, sin duda alguna.

Asentí. Luego, vi que Kim Farrow estaba sentada en mi lecho, pendiente de mí. Le sonreí.

—Es una hermosa sorpresa —dije—. Kim, me gustaría verte a menudo, mientras me recupero de esta maldita herida.

—Descuida —me sonrió ella—. He pedido vacaciones en el periódico. Seré tu enfermera.

—Ah... —Respiré hondo, cerrando los ojos—. Qué maravillosa noticia.

Y era completamente sincero.

Mi última sensación mental fue la de sentir que me abrasaba.

Eso sucedió el día en que ejecutaron a Norman Kendall. Después, nunca más volvió a presentarse el fenómeno. Ya no leo los pensamientos de nadie. Ni mi mente tiene contacto con ninguna otra.

Salvo con la de mi esposa, Kim Finlay, experiodista.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

